EL PIRATA NEGRO

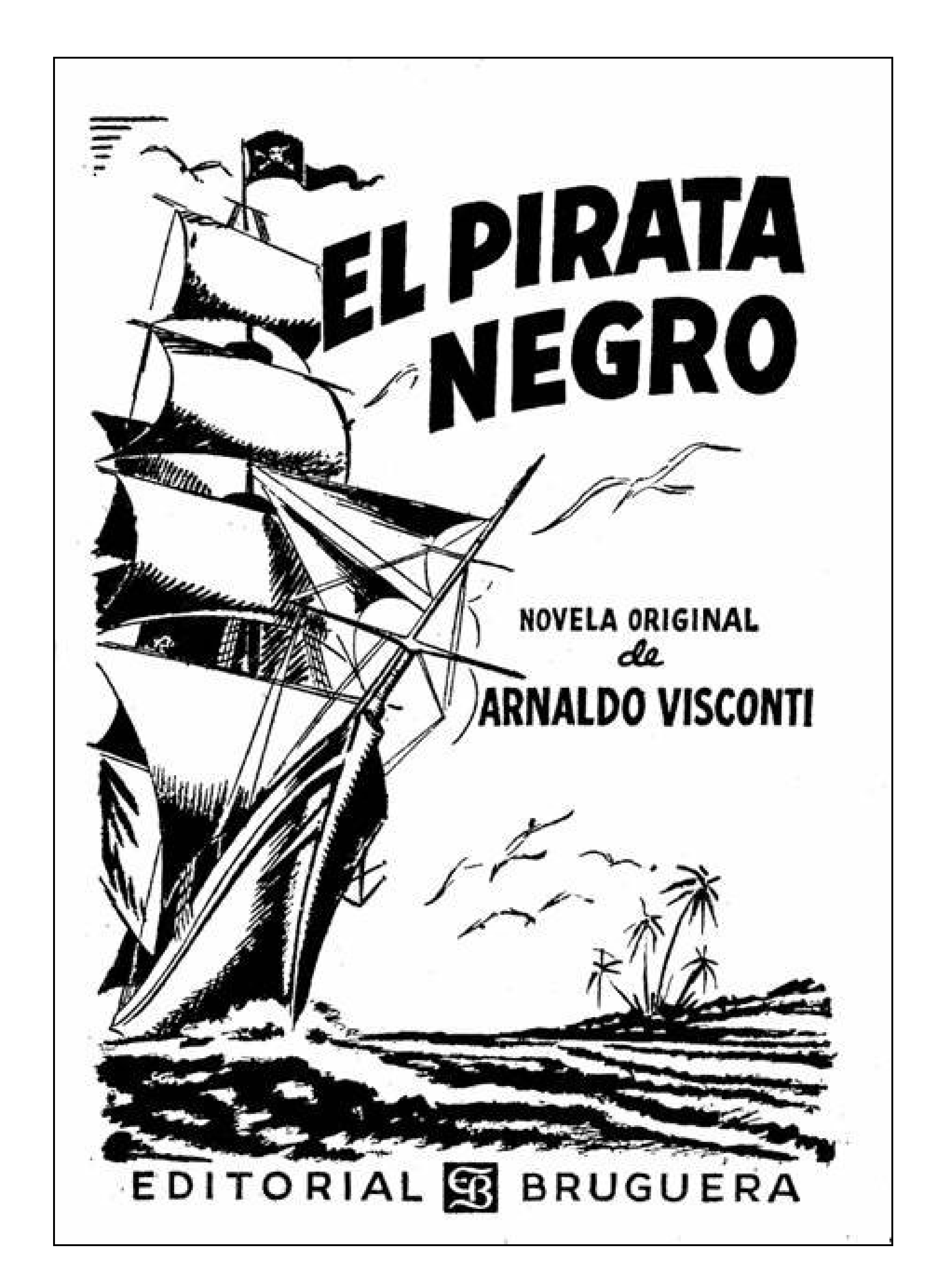


Annotation

"El Pirata Negro", cuyo nombre era Carlos Lezama, viajaba a bordo del Aquilón combatiendo a los buques ingleses y holandeses que se oponían al dominio hispano de los océanos, sobretodo en Panamá, donde el Pirata Negro tenía su morada habitual.

Su ropaje consistía en un traje de pirata, pañuelo rojo en la cabeza y un enorme medallón colgado del cuello.

El Pirata Negro se publicó en 85 números, desde 1946 hasta 1949.
Nº 50 de la colección



ARNALDO VISCONTI

El hijo del Pirata

Colección El Pirata Negro n.° 50

Impreso en GRAFICAS BRUGUERA

BARCELONA

1948

El Hijo del * * *

PIRATA NEGRO

CAPÍTULO PRIMERO

El hogar del pirata

A los doce grados de latitud Norte, y a los ochenta de longitud Oeste, casi en el centro del Mar Caribe, emerge de las esmeraldinas aguas la isla de Providencia.

En las postrimerías del siglo XVII había sido guarida y foco de tripulaciones piratas, verificando en ella la operación de rol, los capitanes de multitud de naves —muchas de ellas con terribles señales de recientes combates— que acudían a abastecerse, tanto de provisiones como de nuevos tripulantes.

Y la pintoresca escena tenía lugar en cualquiera de sus abundantes calas, donde en la playa, el capitán, en demanda de substitutos a las bajas sufridas, mandaba izar su macabro pabellón en largo remo hincado por el remate en la arena.

Sentábase él tras una mesa, sobre a cual aparecían varios bolsones, cada uno de ellos contenía la «prima de enganche». En segundo término se hallaba el escribano, que era frecuentemente un individuo al que costaba inmensos sudores el ir copiando con honesta caligrafía los revesados nombres y apodos de alistados.

Una sección de hombres armados hasta los dientes, formaba a modo retaguardia a las dos mesas, prestos a intervenir al menor asomo de irrupción de barbudos, sucios y desarrapados isleños, que debían prestarse ordenadamente y en corto número.

Y en el mar, sin anclar y manteniéndose al pairo, con todos sus artilleros mechas encendidas oteando el litoral, la nave del capitán reclutador vigilaba para quo la operación de rol pudiera desarrollarse sin sangrientas interrupciones. La escena descrita era la más corriente allá por los años de 1690 y siguientes, aunque otra muy habitual era la que deparaban las continuas reyertas y querellas, entre tripulaciones rivales y en algunas ocasiones, la fama alcanzada, engendrando un odio recíproco, era causa de que dirimieran su superioridad a cañonazo limpio en las ensenadas de la isla.

Mas puso fin a semejante estado de cosas la inesperada y draconiana decisión del gobernador de Jamaica, entonces llamado Sir Henry Morgan, pero que antaño había sido cruel y perseguido corsario, con más ribetea de pirata sanguinario que de marino en corso.

Molesto porque la isla de Providencia era tomada como base de salida para ataques por sorpresa sobre islas inglesas, también a veces para realizar incursiones sobre la misma Jamaica, que no por rápidas eran no menos asoladoras, Henry Morgan armó una escuadra exterminadora.

Fue aniquiladora la acción de las naves inglesas, pues sembraron la muerte total en la isla Providencia. No quedaron en ella más que esqueletos calcinados por el sol,

caserones incendiados, tierra quemada por la pólvora, y regueros de sangre que las aguas circundantes deglutían los cascos resquebrajados de las naves bombardeadas.

De la escuadra mandada por antiguos lugartenientes de Morgan, diez barcos hundiéronse también. Poro el exterminio ordenado por el antiguo pirata fue completo.

La isla era rehuida cuidadosamente por cuantos veleros surcaban el Caribe. No sólo existía el temor de que los restos fantasmales de los vencidos poblasen por las noches la tierra de Providencia, sino que al temor de otra posible incursión de castigo procedente de Jamaica, uníase el saludable recuerdo que a fines del siglo XVII dejó en la isla una incursión de cinco galeones españoles que partiendo separadamente de los puertos de Panamá, Limón y Maracaibo, diezmaron las tripulaciones de los famosos piratas antillanos Roquizo y «El Martiniqués» —apresando a los supervivientes— que habían pretendido burlarse de fantasmas e ingleses, intentando renovar unidos, el antiguo tráfico en la isla.

Cinco años después, otra expedición de galeones apareció en las costas de Providencia, dispuesta también a exterminar desde su raíz los nuevos brotes que hubieran podido resurgir.

Pero las olas del Caribe habían transmitido el fúnebre mensaje, y ya nadie atravióse ni siquiera a hacer escala en la isla que llevaba por irónico nombre el de Providencia.

Siguieron fluyendo mansamente los límpidos arroyuelos. La vegetación hízose más exuberante que nunca. Toda clase de flores silvestres y gigantescos arbustos poblaban la isla... pero ningún ser humano la holló.

Hasta que a principios del año 1720, un velero fue a anclar en la más recoleta y protegida de sus bahías. Poco después, dos lanchones veleros volvieron a cargar el núcleo de piratas exploradores que recorrieron en todos sentidos la isla abandonada, y atracando al costado del velero, que permanecía al pairo, a dos millas de distancia, anunciaron que no habían descubierto presencia humana alguna en toda la extensión de la hermosa isla, sino que únicamente vieron a los naturales habitantes de un lugar tan agreste.

Y por espacio de meses, hubo mucha actividad en un, paraje norteño de la isla de Providencia. Frecuentemente, los lanchones se dirigían a los territorios españoles, de donde regresaban con mercancías heterogéneas, que comprendían desde tapices y mobiliario, hasta rollos de fino bramante y púas de hierro.

Convertidos en leñadores muchos de los piratas, abatían árbol tras árbol en un contorno de dos leguas, abriendo un ancho claro en medio de la floresta.

Los mismos, después de desbrozar de toda vegetación aquel claro, transformábanse en jardineros, trasplantando flores silvestres y construyendo alamedas.

Mientras, otros iban erigiendo una sólida casa, ensamblando maderos alisados, y uniendo con argamasa fuertes rocas de la cantera que fue improvisada haciendo saltar, con cargas de pólvora, pesados bloques de las cumbres centrales.

Y en la bahía, distando otras dos leguas, tenía lugar una extraña operación, que ningún

ingeniero de la época hubiese imaginado.

Falsearon el contorno del litoral, formando en el agua, con enormes bloques de piedra, un muro que tenía apariencia natural, porque estaba casi enteramente cubierto de maleza cuyas raíces arrancaban de hoyos abiertos en el gigantesco muro de bloques sumergidos.

En marzo de 1720, desde el mar y por muy cerca que se hallara de la isla, ningún largavista habría visto otra cosa que tierra, tierra y vegetación inacabable.

Sin embargo, tras el engañoso muro cubierto de vegetación, en la bahía norte de la isla, había un velero pirata, por cuyo jefe y tripulación grandes premios se ofrecían, con la poco caritativa intención de ahorcar a uno y otros, como culpables de una rebelde actitud de independencia a toda ley.

La obra titánica había terminado. La casa, suntuosamente amueblada, y rodeada de alegres jardines, contenía el hogar donde residían Mireille de Ferjus, marquesa de Corbigny, y su hijo Humberto Lezama de Ferjus, marqués del mismo nombre por privilegio de nacimiento.

El velero reposaba pacíficamente sobre las quietas aguas, engarzado como una gema preciosa en el anillo construido por tierra y vegetación natural, salvo en el arco formado por los enormes bloques superpuestos, que se elevaban hasta cierta altura rematados por la vegetación artificial que contribuía a enmascarar aquel refugio.

El único lugar por donde el mar circulaba libremente, era una angosta abertura que en caso de peligro daría salida al velero, y estaba tapizada por largas lianas tendidas horizontalmente de diente a diente de la boca de tenaza formada por la costa y el muro que ahora semejaba ser una prolongación de aquella parte del litoral.

De dirigir tan ingente labor se encargó el lugarteniente del «Aquilón», porque el capitán del velero hallábase en Puerto Colombia.

La ausencia de aquél acongojaba a «Cien Chirlos», pero tanto él como sus subordinados, hallaron en el rudo trabajo, si no un substituto de la lucha, sí algo que apaciguaba sus ánimos, y cansaba sus músculos, permitiéndoles dormir de un tirón, fatigados y sin tiempo para pensar en que separados de «él», carecían de la esencia de sus vidas.

«El» era Carlos Lezama, el Pirata Negro. Y cuando finalizando marzo, llegó la lancha velera que conducía a Mireille de Ferjus y Humberto Lezama, los piratas sintieron renacer cierta esperanza.

Confiaban en ver llegar pronto al que era dueño y señor del «Aquilón» y de todas las voluntades de aquellos hombres sin ley ni hogar, que sólo tenían la ley impuesta por Carlos Lezama y el hogar flotante que les brindaba el más veloz de los veleros.

Ocho días después de la llegada de la marquesa de Corbigny y el niño delicado y de espíritu absorbido por reflexiones, impropias de su corta edad, llegó otra lancha con loa tres piratas restantes que habían actuado como supuestos lacayos del maestro de armas francés de Puerto Colombia.

Y en la proa de la pequeña embarcación se destacaba la figura de Carlos Lezama, que simbólicamente había abandonado sus vestimentas atildadas, para substituirlas por su atuendo habitual, donde el rojo pañuelo, los aretes, los ceñidos pantalones negros, la flotante camisa de seda del mismo color y las altas botas mosqueteras, proclamaban que volvía a ser el Pirata Negro, ya que la sociedad le negaba el derecho a intentar vivir pacíficamente como conde de Ferblanc, legítimo título heredado.

Fue un día de alborozo, para los que, formados en tres filas en la cubierta del velero, contemplaron el gesto tan conocido con que, arqueadas las cejas, apoyados los puños en las caderas, y sonriendo en mezcla de burla y afecto, el Pirata Negro, en pie sobre el reborde del castillete de proa, carraspeó aclarándose la garganta antes de comenzar su breve y pintoresco discurso.

—Revistado todo, mis vasallos. Estoy enternecido y lloriqueante, creedlo. Habéis trabajado como energúmenos, y me pasma comprobar que casi serviríais como honestos albañiles. Hogar protegido de miradas indiscretas, y mi velero a cubierto de otras tantas ojeadas pitañosas de lebreles de la ley. Os felicito. No me felicitéis por el tino que he demostrado lanzando al mar de un certero puntapié el tricornio con que hasta hace poco cubrí mi seso extraviado, que creyó que bastaría ronronear como gato casero, para que fuera olvidado el gato salvaje. La ley no quiere olvidar mi pasado, y por otra parte me ha bastado con este intento de mendigar olvido. Seguramente creerán los del otro lado que cierto es el refrán que acusa a la cabra de siempre triscar hacia el monte, y que el bruto resabiado siempre tiene presta la coz. Viviremos pues aquí cumpliendo la sabia norma que aconseja huir de mundanales ruidos. Pero os diré algo, que os gustará, hemos elegido estar aquí y de aquí no nos echará nadie. ¿Oísteis hablar de Numancia? Veo que no... Tenéis la discreción de no empalagaros con lecturas inútiles, pues aquello que ya pasó, es como agua ida que no mueve molino. Haremos de esto, si es preciso, una pequeña Numancia, donde arraigue hasta el último de nosotros hincando picó en el suelo tinto en sangre, y así, quien de fuera llegue a pisarlo, entrará por nuestra voluntad de vivos, o nuestra inercia de muertos. Aquí crecerá mi hijo, y cuando tenga ya valor y fuerza para empuñar armas y rodar el timón, entonces quizá abandonemos esta isla, para ir hacia otro continente. Entre tanto, de aquí no saldremos, más que para ir, de vez en cuando, a renovar nuestras alacenas. Traigo un fardo pesado, que contiene buen botín. Onzas peluconas de oro suave, piedras preciosas, barras de oro áspero arrancadas de minas colombianas... Brillan vuestros ojos, bergantes. ¡Ah, codicia, codicia, cuántos pecados cometemos en tu nombre! Hubo poeta afamado que cantó el poderío de Don Dinero. Era poeta, pero sabio, y por tanto sabía lo que se decía, ¿no, atajo de borricos?

Rió el Pirata Negro con su característica carcajada brutal. Todos sus oyentes rieron también, porque les contagiaba alegría el gesto burlón del que hablaba.

—Me complace veros tan disciplinados, hato de mulos peleones. Tengo por cierto que si entonare quejicoso lamento fúnebre, y a la vez riese, vosotros reiríais. No es que

pretenda insinuar que no entendéis muchas de las cosas que os enjareto porque sé que no las entendéis, pero estoy seguro de que sabéis de que cuanto digo tiene algo de fondo... ¿Sabéis lo que es un romance de amor? ¿No? Diantres, diantres... ¿Sois misóginos? Avanza, tú, Marcos «El Alicantino».

Un individuo alto y corpulento de rostro monacal, dio un paso al frente. Erguíase con digno continente.

—¿Qué es un romance de amor, Marcos?

—Lo que en las noches estrelladas ponían en copla los guitarristas de mi tierra haciendo rondallas bajo ventanas de mozas, señor.

—¿Y qué decían las coplas?

—Que el amor de dos en uno es la dicha única, señor.

—Ya... ¿Y tú qué opinas?

—Que según y cómo, señor. Hay cosas tan buenas como el amor, salvo tu mejor opinión, porque el amor trae quebraderos de cabeza..

—Excelente aseveración. Y más preferís vosotros quebraros los cascos en pelea abierta, y no en la marea y resaca de los amoríos. Si hablé de romance de amor, fue porque me lo trae a las mientes el reciente hecho que sucedió en Puerto Colombia. Sé que tenéis aspecto de carne de horca, pero también me consta que hay algo cuya existencia no os consta, pero que late entre las paredes de vuestros costillares. Es una cosa que los matasanos llaman corazón, y los que escriben recetas de una medicina llamada filosofía, llaman alma. Y en ella, hay siempre alientos de infantilidad. Nos gustan las consejas y los cuentos, cuando tienen sabor de bondad y leyenda. Pero no es porque la bondad sea una leyenda. Existe, mis valientes, aunque lo pongáis en duda. Sucedió en Puerto Colombia. Ella era exquisita. Tenía un nombre dulce que se paladea al nombrarlo: Carmela... El era un bizarro capitán de la Guardia Real. ¡Ah! ¿Torcéis el gesto? ¿Os gusta más la mención de Carmela que la del capitán? No importa. No tenía él la culpa de ser hombre bueno acatando leyes. Pero además era bueno porque amaba, y porque era correspondido, y porque tenía un corazonazo, al igual que ella. Había obstáculos al logro completo de su enamoramiento, como exigen los cánones. Dije cánones, so estúpidos, y no cañones. Apaciguaos pues. Pero al fin triunfó el dios del Amor. Bueno, diréis vosotros, y ¿a nosotros qué? Allá ellos, que se coman el pan con bu mantequilla. Cierto. Pero es que la mocita era sevillana y su labia era jazminera. Al despedirme de ella, me dijo una frase que no entenderéis, y que sin embargo condensa mi intención, explicando por qué fui a Puerto Colombia, amagando las uñas, y portándome como un manso cordero. Ella dijo: «Cada jazmín que en mi pecho prenda, anidará un beso que contenga mi deseo de algo muy difícil, pero que sé que vos lograréis».

Volvió a reír el Pirata Negro, tocándose el pecho.

—Tenía confianza en mí, por lo visto. Y añadió: «Mi deseo es que siendo siempre el Pirata Negro, día llegue en que la justicia de España y del mundo entero, os reconozcan

como el señor conde de Ferblanc». ¿Sabéis lo que quiso significar? Algo imposible... pero era bonito, ¿verdad? Y ahora hemos hablado bastante, charlatanes. Empezad a escupiros en las manos, porque queda labor. Mañana al amanecer os dirigirá la palabra, dictando instrucciones que de mí recibirá, vuestro primer oficial, mi buen segundo don Marcelo. Larga salud y felices digestiones para todos.

Volvióse el Pirata Negro para saltar al interior del castillete, y a la vez que rebotaba sobre sus pies, apoyó las dos manos en los anchos hombros del pirata de arrugado y corcusido semblante.

—Bien, don Márcelo. Otra vez juntos. ¿Te gustó mi discurso?

—Cosa buena, señor —aprobó entusiasmado «Cien Chirlos».

—Seguro estoy de que de todo te percataste. ¿Qué quiso decir la sevillana?

—Mucho he ido ganando a tu vera, señor. Se me abrieron los ojos del corto entendimiento, y calo muchas cosas que antes no percibía. Tengo por mí, que la señora sevillana, quiso expresar el deseo que también es mío, aunque no supe decírtelo.

—Dilo a tu modo, que me place oírte y apreciar tus progresos...

—Es enrevesado, pero tú todo lo comprendes, señor. Por pirata te persiguen, aunque bien saben que nunca cometiste desafuero ni tropelía.

—¿Qué entiendes tú por desafuero y tropelía?

—Acción vil. Pegar al débil, robar al pobre, y todas esas vilezas que no hace hombre entero. Pero le cantaste las verdades a quien fuera, y por todas partes anduviste libremente sin pagar tributo ni respetar ley escrita.

Y adquiriste fama única. No puedes pues pedir perdón, señor, por lo que rada tiene de malo. Pero a la vez, la justicia querrá que te humilles ante ella, para reconocer a su modo errores que no cometiste, mas yo creo que habiendo sido famoso como Pirata Negro, podríais serlo como conde de Ferblanc, si del pirata ellos reconocieran la caballerosidad. Pero... es galimatías que difícil solución tiene, aunque tú lo arreglarás, señor.

—Tate... Hermosa palabra. ¿Quién te la enseñó?

«Cien Chirlos» adoptó un modesto y satisfecho aspecto de colegial aplicado.

—Tu esposa, señor, que un día yo, intrigado porque te oí decir eso de «galimatías», y siendo ya por entonces don Marcelo, consideré necesario instruirme. Lo pregunté a tu esposa, y ella, señor, me lo explicó tan claramente, que ahora, cada vez que hay palabra que no entiendo, voy a ella, y es de apreciar su bondadosa caridad conmigo, porque muy bruto soy, y tiene a veces que repetirme mucho lo que ya ha explicado. ¿Apruebas?

—Apruebo tu afán, pero con tiento, guapetón, que palabras hay que yo no digo ante ella.

—Me las huelo, señor, y buen cuidado tengo en no írselas a repetir para que me instruya.

—Pues aprende ahora una nueva, que no te será preciso que ella te explique. No quiero que mi hijo sea un paria. Llaman así al que, como nosotros, es rechazado por la

sociedad.

—¡Tú eres el que rechazas a la sociedad, que no ellos a ti, señor! —protestó, indignado, «Cien Chirlos».

—Para el caso, da lo mismo. Y no quiero que mi hijo haya de vivir siempre aislado de los demás de su edad. Hay en él predisposición al estudio y a los buenos modales. Gustaría de tener casas de amigos donde ir, y todas esas zarandajas, necesarias para la juventud. Bien sabes que no es por mí, que tanto empeño tengo en quo respeten el deseo de paz del que derecho tiene a ser conde de Ferblanc, pero que a la vez no quiere renegar de que fue el Pirata Negro, porque a mucha gala lo tengo. En fin, quo cuando menos se «liebre» saltará la «piense». ¿Pareces intrigado, buen mozo? ¿Hay alguna palabra que no entiendes?

«Cien Chirlos» miró receloso a su jefe, y viéndole sonreír burlón, sonrió contento.

—A posta, señor, cambiaste la «refranera». La que salta es la liebre.

—Vaya... Vas progresando. Bueno, pasemos ahora a lo serio. Falta algo en mi hogar. Por mar no hay quien nos sorprenda, pero por tierra y viniendo de la costa sur o de las otras dos, podrían colarse de noche. Mañana dirás a mis valientes, que, por espacio de un mes,' han de trabajar de nuevo con ahínco para que al término de él, alrededor de mi refugio, exista un triple cerco de trampas, lazos y hoyos, donde se forme laberinto que sólo puedan cruzar los sabedores del secreto. Y así, completo quedará el hogar del pirata.

CAPITULO SEGUNDO

NOTICIAS DE FRANCIA Y UN BORDADO

Finalizaba abril, cuando, acompañado de «Cien Chirlos», recorrió el Pirata Negro los alrededores del claro del bosque, donde se erigía su mansión.

—Buena labor de zapa —admitió, complacido, al regresar de la inspección del laberinto de ocultos hoyos, trampas y lazos tendidos a ras de tierra a modo de infranqueable barrera. —Bien solos podemos dejarlos a ella y él, si se nos antoja, que por mujer y niño que sean, mejor defendidos quedan, qué si fueran ejército de rufianes. ¿No es hoy cuando debe estar de vuelta la lancha que quincenalmente enviamos a Puerto Colombia a recoger a «Susurro»?

—Sí, señor. Y al llegar debe estar. Tarda más de la cuenta ese maldito borrico de Valladolid.

—Ir a Francia, y volver indemne, no es viaje corto. Hermoso cuadro, ¿no, don Marcelo? Lástima que no seas tú pintor, y yo no sepa dibujar una nariz, sin que parezca un cohombro.

Bajo una glorieta formada por un derroche de multicolores flores entrelazadas, una mujer de suave belleza virginal, leía en un libro, mientras sentado a sus pies, encima de un almohadón, un muchacho de unos ocho años, de castaño cabello en bucles, mirada reflexiva y delicados rasgos faciales, escuchaba absorto.

El arqueo de cejas del Pirata Negro tenía algo de reproche.

—Este mocito me va a salir tañedor de laúd, don Marcelo. Le estoy viendo suplicar claveles con poesías en vez de arrebatarlos con pasión. Pero me domino lo suficiente para que ella no vuelva a decirme que un mozo de apenas nueve años, no es un hércules luchador. Buena es la falda materna, don Marcelo, pero tanta ración perjudicará al mozo. Agárramelo y llévatelo al agua. Que pernee y bracee en el mar, para luego comer con gazuza. Le veo masticar con delicadeza y me quita el apetito. Parece... ¡parece una damisela! ¡Maldito sea yo! ¿Cómo de mí pudo salir este remilgado mocito, quo huye del ejercicio, y se abstrae ante los libracos? Anda, vete, padrino, y colócale unas falditas de vuelo...

Estaban distantes medio centenar de metros. Pero no obstante, «Cien Chirlos», desligando mirada asustada hacia la glorieta, musitó:

—¡Oh, señor! ¿Damisela el chavalillo? ¡Oh, señor!

Su escandalizada protesta, hizo que el Pirata Negro desfrunciera el ceño, y sonriera.

—Fue un símil, simple. Bien me consta que la voz de la sangre hablará, y algún día me enorgulleceré de él. Pero hoy por hoy... Tate: ahí viene alguien que mucho me interesa oír.

Apresuró el paso el Pirata Negro en sentido contrario a la glorieta, para salir al encuentro de un individuo alto, flaco y huesudo, que llegaba procedente de la playa.

Mariano Rodrigo, apodado «Susurro» por su manía de hablar siempre en tono confidencial, alzó sin embargo ahora la voz con orgullo, porque acababa de realizar fielmente la misión que le había sido encomendada, y por añadidura era portador de novedades recogidas en su corta estancia en Puerto Colombia.

—Bien venido, Mariano Rodrigo. No me has defraudado —y con velada ansiedad inquirió— ¿Sigue el señor Lucientes residiendo en Francia?

—En su castillo lo hallé, señor. Me trató a cuerpo de rey, mientras reunía los documentos que te son precisos, y que aquí te entrego.

—Trae acá.

Leyó con rapidez el documento notarial legalizado con múltiples sellos, y acompañado por informe del Consejo Heráldico de la Corte, según el cual «el título y condado de Ferblanc, sin tierras ni propiedades, que en su tiempo fueran confiscadas por el Estado, pertenece legítimamente con todas las prerrogativas inherentes a su uso, al caballero español Carlos Lezama.»

Los otros dos documentos, eran simples copias notariales de las actas familiares de sucesión de los marquesados de Corbigny y Ferjus para su esposa, y el título de marqués de Ferjus, que pertenecía, desde la Cuna, al primer hijo varón de la marquesa de Corbigny.

Mariano Rodrigo, separado unos pasos, aguardaba para hablar. Tenía noticias importantes, pero esperó a que el Pirata Negro le dirigiera la palabra, aunque éste ahora se hallaba enfrascado en la lectura de la carta qua desde el castillo de Civry, en las cercanías de la ciudad francesa de Angulema, le escribía Diego Lucientes.

«En Civry, a veinte de febrero de este espléndido año de 1720.

»Diego Lucientes se congratula en saludar al hidalgo Lezama.

»Para una amistad como la nuestra, banales resultan las fórmulas habituales con que muchas veces se encubre el fastidio de tener que escribir. Si me dejara guiar por el impulso, te mandaría un memorial, que muchos son los años que por separado hemos vivido. Respeto tu orden de que no ronde por tus alrededores hasta que no hayas encontrado hogar fijo, cosa que a no dudar pronto hallarás.

»Pero me habituaste a un laconismo espartano, y por tanto procuraré refrenar mi pluma, ciñéndome a breve narración. Me complace poder asegurarte que a mi modo, desde que me confiaste la misión de intentar ser un padre digno de tan peliagudo cargo, he sido intachable, casi angustiosamente intachable.

»He desbravado mis instintos peleadores, agotando caballos y «espadeando» con los dos maestros de armas que al servicio de Civry y mi hija, nuestra muñeca, buen trabajo tienen. Conmigo aprendieron, que ante ti no he de fingir modestia, y de ellos mi hija va aprendiendo.

»Quiero que la conozcas, hidalgo, para que al felicitarme por haberla convertido en

mujer deliciosa, obtenga yo la recompensa de esos años de vegetar santamente. Ella quería mandarte una miniatura suya y un rizo, pero le hice comprender que retratos y cabellos muertos son cosas frías que enardecen amores en corazón de prometido, pero no se mandan a quien como tú sólo dará el visto bueno cuando ante ti, Gabrielle Lucientes de Civry, haga su más bella reverencia.

»Es algo magnífico. No es porque sea yo su padre, pero estudiándola imparcialmente, decreto que no hay mujer más linda, inteligente, y fascinadora que la que tiene el honor de ser mi hija. Me estoy sonriendo, porque te veo torcer el bigote en mueca irónica. ¡Repámpanos! Hay que tener el valor, de expresar las propias convicciones. Lo declaro abiertamente. Estoy chocho y alelado, aunque lo disimule ante ella. Es un portento, un prodigio algo indescriptible, pero que trataré de describirte.

»Sabe cuánto necesita saber una damita de alcurnia, pero siguiendo tus consejos he procurado que nada de pedantería haya en ella. Tiene vitalidad propia. Monta como una amazona, maneja la espada como un mosquetero real, a veinte pasos descabeza un bastón de un pistoletazo, es el terror de los dañinos granujas de la comarca... y sin embargo es exquisitamente femenina.

»Bien sabes que si me hubiera salido marimacho o pedantuela, te, lo diría. Pero no hay tal. Es encantadora, alegre, afable, y un tantillo... descarada. A ratos su mismo donaire la hace parecer atolondrada, lo cual es un encanto más.

»Físicamente, un rostro adorable. Nariz un poco respingona, ojos grandes azules, y labios deliciosamente curvados que nada tienen de la pueril ñoñez de esas boquitas de piñón. Un mentón suave pero de firme trazado. Cabellos rubiorojizos, cubre al sol... Un cromo exquisito.

»Aun no la he conducido a pavonearse por las cortes. Armará un zipizape, porque su belleza nada tiene de la sosa estatua clásica, sino que es dulce y endemoniada a la vez. Próximamente nos daremos un «garbeo» por París, Londres y los principados germánicos, para que vea mundo y... lo vea yo también, que hasta ahora he sido un monástico campesino.

»Su preceptor, que lo fue de tu esposa, está ante ella como un asustado pagano ante su ídolo. Y yo, como el escultor que ha realizado una obra de arte donde bajo el mármol hay pólvora escondida.

»Habitualmente sus ojos están llenos de bondad, con ese mirar honrado que suelen tener los niños cuando nos abrazan. Son lagos azules, cálidos y bondadosos, que de pronto pueden tener la frialdad de la misma nieve, y convertirse en el centelleo de dos chispas de zafiro.

»Repámpanos... o tate, que dirías tú; ¿no prometí laconismo? Me he extendido tanto, porque quiero que sepas ver mi felicidad. Sólo me falta algo. ¿Lo adivinas? Pelea, chusma y vinazo... Lo siento, pero es así. Ahora está ella convertida en mujer. Se casará... claro. No pienso impedirlo, ni matar en duelo a cuantos moscones me la ronden. Y entonces, libre ya de mi tutela, puesto que tendrá quién por olla responda,

solicitaré de nuevo plaza a tu bordo.

»Tienes ya un hijo, capitán Lezama. Y una esposa ideal. Eres pues hombre feliz. Yo me mantengo viudo empedernido, y feliz soy con mi Gaby. Pero me hace falta lo que nada puede reemplazar: tu amistad. No te enojes, que aun no apareceré a causarte berrinches. Debo antes, como te he dicho, exhibir a mi hija por las principales corten europeas. Después... rumbo al Caribe... quo ansias tengo ya de volver a rejuvenecerme.

»Haciendo votos para que alcances la plenitud de la dicha, te abraza fuertemente,

»Diego Lucientes.»

Bajo la vigorosa rúbrica había una postdata:

«Estampo en este frío papel sonoros besos alegres imaginándome que tengo el honor de besar las manos de Mireya. No frunzas el ceño, hidalgo, recordando mi trampa. Me enorgullezco de que, por esta vez, una de mis trampas haya tenido tan feliz epílogo. Otra cosa: con la misma ansia que tú desearás conocer a Gaby, deseo yo echarle la, vista encima a tu Humberto. Preparó ella una carta para ti, pero eran páginas y más páginas, y sé que tú compartirás mi modo de ver. Tú no debes conocerla a través de escrituras, sino de hechos y presencia. Reitero mis votos, para que pronto nos podamos ver reunidos Un fuerte abrazo.»

Dobló Lezama la carta. Sonreía con íntima complacencia a la cual se mezclaba cierta melancolía...

—Está orgullosísimo de su obra. Se trasluce... También quizá lo estaría yo del mocito, pero por ahora...

Y encogiéndose de hombros, apartó de su mente la «eterna comparación», que irremediablemente surgía en él, pensando en su primer hijo que suponía muerto en playa isleña.

—Cumpliste, Mariano Rodrigo —dijo, dirigiéndose al que respetuosamente se había mantenido a unos pasos de distancia, y que ahora, al oírse nombrar, avanzó tendiendo un paquete cuadrado envuelto en recia tela cosida con muchos pespuntes. —¿Qué es eso?— y sonriendo burlón, añadió el Pirata Negro: —¿Acaso me traes chocolatines de Francia, perillán?

—Líbreme yo de tal grosería, señor —dijo ingenuamente el aludido. —Es encargo que para ti me dieron en Puerto Colombia.

—¿Quién y cómo? Digo quién para saber si hay veneno en el envío, y cómo, porque no acierto a comprender de qué forma se supo que estabas tú relacionado conmigo. ¿O acaso lo fuiste pregonando por los tejados?

—Fue precisamente un pregón, señor, el que atrajo mi atención.

—Cuenta, que eso va poniéndose interesante.

—Cumpliendo sus órdenes, me hospedé, señor, en la hostería de Puerto Colombia que tú me indicaste como alojamiento a mi regreso del continente. Y en espera del enlace que había de recogerme, hice poca ostentación de mi persona. Recién llegado a la ciudad, estaba tomando el primer almuerzo mañanero, cuando oí redoblar el parcho del

pregonero. Apenas presté oídos, porque tenía gazuza, pero de pronto, me abalancé a la ventana. Me dejó turulato lo que gritaba el pregonero.

—Turulato estoy yo también, «Susurro». ¿Y qué decía el pregonero, por cien mil pares de cañones? Que tienes un modo de contar que para ayudante de dramaturgo servirías.



—¿Qué sucedió después?

—El pregonero, señor, decía, casi casi, lo mismo que voy a repetirte: y engolando la voz, canturreó Mariano Rodrigo: —«Oíd, oíd. Por el presente pregón pagado y autorizado, hago saber a quién me oyere, quo si relaciones tuviera de buena amistad, servidumbre o gratitud, con el francés caballero conde de Ferblanc, acuda prontamente al Paseo de las Armas, en la mansión rotulada con la enseña de los Tercios Españoles, para recibir mensaje que entregará al citado conde de Ferblanc. Mensaje de gran importancia».

El Pirata Negro miró al que acababa de imitar perfectamente el clásico pregón muy habitual en las calles españolas y coloniales.

—Bravo, «Susurro». Lo has hecho magistralmente. Ya he oído el pregón. ¿Qué sucedió después? ¿Corriste a abrazar al timbalero?

—Mucho sabía cuando a tus órdenes me enrolé, señor, pero nada sabía visto lo mucho que aprendí desde el momento en que tú, además de ser nuestro jefe, eras espejo de maestros que...

—El espejo se está nublando. Si algo bueno tengo, coge lo bueno, castellano, pero no me ganes a charlatán. A tu narración.

—Mi primer impulso, señor, fue ir corriendo al Paseo de las Armas, y dar a la aldaba de la mansión rotulada con la enseña de los Tercios Españoles. Y empecé la correría. Pero, hete aquí, que a medio camino se me ocurrió pensar que podía haber, añagaza. Eso de las Armas y el Tercio, me escamó. Yo no podía poner en peligro, señor, la misión que me confiaste. Pero a la vez había un mensaje para ti. Era arduo el problema. Mas di con un arreglo: Obsequié con varios ochavos a un costroso mocoso, diciéndole que fuera a la mansión de los Tercios, y dijera que alguien que conocía el paradero del conde de Ferblanc, aceptaría el mensaje. Pero que dado los muchos envidiosos y trapalones que andan sueltos, no fiaba. Por tanto, el portador del mensaje había de acudir a solas, y ser de fiar. Marqué un lugar y una hora buenas. El lugar, en pleno campo de robles, cercano a la loma que bordea el río, y la hora, el crepúsculo. Me encaramé al árbol más copudo, y a la hora fijada apareció una gentil doncella, muy asustada. La tranquilicé filando bien me aseguré de que llegaba sola. Y ella me dijo a modo de saludo: —y el castellano imitó una voz femenina: —«¿Sois vos, señor, el que sabe dónde habita el señor conde de Ferblanc?». Y yo le contesté: «Yo soy, preciosa». «Tomad pues» —y me tendió este paquete—, «que deseos tenía ya de dárselo». «¿Qué es y quién lo envía»? «Un bordado, y mensaje escrito por mi señora Doña Carmela Olivares, que zarpó ha semanas rumbo a las Españas». Yo no estaba a mis anchas, pensando en los Tercios. Y así lo manifestó: «¿Qué tienen que ver los Tercios?». «Nada, señor. Mi señora dio tal dirección al pregonero a la vez que le pagaba para que durante un año cantara diariamente el pregón. Y dio la dirección de los Tercios porque en su mansión yo hago labores de asistenta y lavandera». Dijo... y se fue —terminó el castellano después de una vacilación.

Cogió Lezama el paquete y mientras insertaba entre las costuras la punta de su puñal inquirió:

—¿Qué hubo entro el «ella dijo» y el «se fue»?

—No hubo cosa forzada, señor. Lo juro. Estaba ella nerviosilla y yo la aplaqué, portándome como un caballero.

—¿Y qué es, según tú, lo que hace un caballero para aplacar maritornes nerviosilla?

Rió nerviosamente el interrogado:

—Besé sus manos, y, como ella iba aplacándose, pues... ascendí en mis besos. Y mal hice, señor, porque trabajo me costó que se fuera.

Arqueó las cejas el Pirata Negro, y mientras se mantuvo serio, Mariano Rodrigo aguardó ansiosamente.

—Nerviosilla...—masculló el Pirata Negro. Por fin rió, terminando da descoser las puntadas de la recia tela.

Y su risa tranquilizó al pirata qué tenía trazas de escribano solemne; rió también satisfecho, y aumentó su satisfacción al oír:

—Vete, granuja, y dile a don Marcelo que te cuente cien onzas de plata Te las has ganado. Y... envíala jabón perfumado a tu nerviosa adorada.

—Gracias, señor. Miles de gracias, señor.

—Con un centenar basta. Ahueca, y si te ha de alegrar, llévate la convicción de que para misiones que precisen de mano izquierda y besuqueo, te elegiré siempre.

Terminó de desgarrar la lona, mientras alejábase contento el emisario, y apareció un tenso bordado que fingía jazmines sobre fondo azul.

La tela del bordado formaba un a modo de estuche recubriendo un tambor de los empleados para bordar. Había en una de sus caras, una abertura que aparecía cerrada por un trenzado de hilos.

Sacudió Lezama junto a su oído la improvisada caja. Oyó el peculiar sonido que produce el roce de rígido papel contra la tela. Sonrió evocando la imagen de Carmela Olivares, la simpática y risueña sevillana.

Sin duda alguna, al disponerse ella a partir, rumbo a España, ingenió aquella pueril labor como despedida, y también en recuerdo de los «bordados perfectos»,

Desanudó el trenzado y, del interior, extrajo tres rectángulos de pergamino. Colocándose la caja bajo el sobaco, leyó el primero de los tres rectángulos, escrito con letra afiligranada, cuidadosamente meticulosa en los perfiles redondeados.

«Al señor conde de Ferblanc, encarnación aristocrática del caballero aristócrata del mar. El logro de mi felicidad a vos os lo debo, pero para que sea completa algo me falta. Cuando os fuisteis del Palacio Residencial, hubo mucho revuelo en él. Fuerzas del Tercio de Flandes acudieron. Se habló mucho de vos entre el barón de Villadial, juez supremo, y el Jefe de las fuerzas. Ambos decidieron que para nada fuese mentado el Pirata Negro. Y ambos desean tener una entrevista con el señor conde de Ferblanc. Sacrificad vuestra rebelde independencia y acudid, amigo mío. Hacedlo por mí, y en recuerdo del deseo que constantemente repito besando los jazmines. Tened en cuenta que, aunque residiendo en Sevilla, pendiente estaré de las noticias de América. Mi esposo y yo estamos de acuerdo en que al nacer nuestro primer hijo se le dé vuestro nombre, en muestra de cariñosa gratitud hacia el famoso Pirata Negro, para quien rezamos deseándole como conde de Ferblanc la misma fama que por doquier pregona su recio temple y su gran corazón.

«Carmela Olivares».

—Hasta escribiendo tiene el zalamero pico de plata — comentó el Pirata Negro.

Echó una ojeada a la segunda, cartulina, y su ceño iba frunciéndose a medida que leía. Eran líneas firmadas por Perdomo Alba, barón de Villadial, Juez Supremo y Magistrado Relator de Puerto Colombia.

«Al señor conde de Ferblanc:

«Habiendo tenido el honor de conoceros personalmente, e ignorando vuestro paradero, me sería grato tuvierais a bien presentaros en este Palacio Residencial de Puerto Colombia, para tratar de un asunto de vuestro máximo interés. La adjunta tarjeta es un salvoconducto que, como podéis leer, os garantiza vida salva, como a tal conde de Ferblanc.

Os saluda,

«Perdomo Alba, barón de Villadial».

El Pirata Negro rasgó en pedazos la tercera cartulina, los mantuvo en la palma de su mano, y soplando, aventó los restos del salvoconducto.

Instantes después, llamaba a Marcos «El Alicantino», el cual, gozoso ante la perspectiva de un viaje, fue a dar órdenes a otros tres piratas, para que preparasen la lancha velera con que en otra ocasión habían ido a Puerto Colombia.

También ahora sería este puerto el punto de destine. Y a juzgar por el ceño del Pirata Negro, se avecinaban accidentadas aventuras. Pero el satisfecho alicantino, no podía prever toda la extensión y magnitud del suceso que, bajo la apariencia de un simple viaje, iba a cambiar por entero el destino y la vida del que hasta entonces había sido el Pirata Negro.

CAPITULO TERCERO

EL INTERROGATORIO

El bailón de Villadial, extremeño escrupuloso y honesto, aplicaba siempre la justicia con máxima imparcialidad. Su profesión de Relator le había hecho bromar con casos difíciles, teniendo que dialogar a veces en términos de suma violencia con los geniales aventureros que bajo los pabellones españoles habían ido conquistando palmo a palmo las inhóspitas tierras americanas.

Después de varias conversaciones privadas con el importante personaje que había llegado a Puerto Colombia, para enjuiciar lo ocurrido en relación con el crimen del Intendente vizconde de Lemos, había aceptado, aunque íntimamente escandalizado, lo que calificaba de «Puesta en escena», dónde él iba a dirigir un interrogatorio, que, a modo de «piedra de toque» (y repetía así las propias palabras del importante personaje), tendría seguramente, un final tempestuoso.

Y basaba tal pronóstico en su conocimiento personal del complejo y dominador carácter del que con el título de conde de Ferblanc, había actuado sin ocultar su ejecutoria de Pirata Negro.

Cuando a media mañana de un tranquilo día abrileño de 1720, unos tres meses después de la partida del conde de Ferblanc, un ujier fue presuroso a comunicarle que en la antesala del cuerpo de guardia del Palacio Residencial, un recién llegado había declinado el título de conde de Ferblanc, exigiendo ser recibido por el barón de Villadial, éste, con gesto resignado se encogió de hombros, pero obedeciendo órdenes superiores recibidas del importante personaje, limitóse a decir:

—Rogad al conde que tenga la bondad de aguardar unos momentos. Y vos mismo, dentro de diez minutos, conducidle a la Sala de Juicios.

Salió el ujier, y, precipitadamente, Perdomo Alba, dio las órdenes pertinentes. En pocos minutos fue preparada la «puesta en escena».

En la vasta Sala de Juicios del Palacio, y alineados en semicírculo cerca de la pared del fondo donde coleaban suntuosos tapices, diez fornidos soldados de la infantería del Tercio de Flandes, separados entre sí y apoyando las entrelazadas manos en la guarda de sus espadas desenvainadas cuya punta resguardaban contra el extremo de sus botas, tenían toda la marcial apostura de Aguerridos infantes baqueteados en duros combates.

Distaban una treintena de metros de la mesa que, también al fondo de la sala y sobre un estrado, tenía tras el negro terciopelo y los candelabros, tres sillones. El propio barón de Villadial ocupaba el del centro, que le correspondía como Relator, teniendo a su izquierda al secretario, y a su derecha al Coronel Jefe del Estandarte del Tercio de Flandes, destacado en Puerto Colombia, y que habían venido del interior del continente

sudamericano.

Tras los sillones y en posición poco sobresaliente, como si se tratara de un amanuense, sentábase en recto sillón frailuno, un hombre severamente vestido con tela parda, sin adornos; una tela recia, con acuchillamientos de» piel del mismo color. Se hallaba detrás de Perdomo Alba, a poca distancia, y ante sí tenía un atril con papeles y larga pluma introducida en el tintero fijo en el reborde del atril, que a la vez soportaba una vela.

Perdomo Alba, extendiendo ante él los varios papeles donde estaba escrito el interrogatorio que debía efectuar, hizo una señal.

El suboficial de Infantería, que a treinta pasos de distancia, no podía oír cuanto se dijera en el estrado, como tampoco los soldados, atendió la señal de la mano del Magistrado Relator.

Abrió una de las dos hojas de la gran puerta, y a su vez hizo una señal al ujier que fuera aguardaba.

Este, por su parte, inclinóse ante el que apoyado un puño en la cadera y alta el ala del chambergo, miraba lo% tapices de la antesala.

—Si os dignáis pasar, señor conde, sois esperado.

Carlos Lezama, el Pirata Negro, atravesó el umbral, y por unos instantes se detuvo contemplando la mesa que, al fondo, aparecía sobre el estrado, y los diez soldados apoyados en sus desnudos aceros.

El suboficial, que, como los soldados, llevaba al hombro el lazo con el emblema de pica y ballesta y el color carmesí del Estandarte del Tercio de Flandes, volvió a cerrar la puerta.

Avanzó Lezama, siempre apoyado el puño derecho en la cadera, e inserto el pulgar izquierdo en el cinto.

Sus altas botas mosqueteras, el ceñido pantalón negro y el chambergo del mismo color, resaltaban en contraste con el jubón granate que moldeaba su poderoso torso.

El coleto no cerraba con los encajes habituales en tal prenda, sino que semiabierto tenía tan sólo un cordón de cuero.

Se detuvo ante la mesa, mirando uno tras otro a los que continuaban sentados.

Perdomo Alba, para no precipitar los acontecimientos, púsose en pie haciendo una breve reverencia.

El Pirata Negro, quitóse lentamente el chambergo correspondiendo al saludo, y al sentarse el barón de Villadial, volvió a encasquetarse el chambergo, cuya pluma roja destacaba arrogante sobre la negra ala.

—Erais esperado, señor conde. — dijo Alba, compulsando algunos papeles.

—Cuando vos lo decís, no quiero ponerlo en tela de juicio, señor barón —replicó Lezama—. Pero lo cierto es que yo he sido quien ha estado esperando.

—Tuvo que convocar a estos caballeros —e hizo Alba un amplio gesto circular.— ¿Recibisteis mi invitación y mi salvoconducto?

—Ambas cosas recibí.
—Es muy importante el motivo que me indujo a llamaros, señor conde.
—No dudo que debe serlo, y por eso he venido.
El secretario afanábase en transcribir el diálogo, lo que sólo en parte conseguía. El hombre vestido de pardo, tras Alba y ante el atril, escuchaba atentamente.
En cuanto al coronel de Infantería, torcía la boca en mueca de desagrado ante el que continuaba con el chambergo calado, y que, además de una insolente mirada, ostentaba réplicas que tenían impertinente retintín.
—Señor conde: os conocí en extrañas circunstancias, que prefiero no citar, porque...
—Perdonad que os interrumpa, señor. Creo no haber oído bien. ¿Queréis repetir lo que acabáis de decir?
—Digo que os conocí en extrañas circunstancias — leyó Alba de uno de los papeles extendidos ante él — que prefiero no citar, porque... a ambos nos han de resultar molestas.
—A vos quizá ¡qué no a mí! Pero veamos, si podemos ir por partes, —y el Pirata Negro señaló el estrado con el índice, para después, con el pulgar de la misma mano dirigirlo hacia atrás y señalar hacia la puerta, en gesto qué resultó vulgar.— Acudí a vuestra invitación porque así me plugo. ¿También, todos estos cabañeros me han invitado?
—He considerado mi obligación reunirlos. Quien a mi diestra se sienta es el señor coronel Carvajal, jefe de las fuerzas de Infantería que en estandarte del Tercio háyanse alojadas en el Paseo de las Armas, para defensa del Puerto de Colombia.
El aludido púsose en pie y militarmente inclinó el busto con breve cabezazo. Lezama quitóse el chambergo inclinándose a su vez.
—De cuanto digamos, señor conde —manifestó Alba— nada saldrá de aquí. Los soldados no pueden oírnos, ni nada tienen que ver.
—Entonces, ¿para qué están?
—Veréis... Es una cierta precaución, un formulismo que suelo emplearse en esta sala. Pero no tomáis. Tenéis un salvoconducto.
—Tate... ¿Habéis dicho que no tema? ¿A quién? No me gusta el cariz de vuestra invitación. Vino precisamente a reprocharos que me dierais salvoconducto. Yo voy donde me place, y procuro salvaguardarme yo mismo. En cuanto al documento firmado, por medio del cual muy generosamente me dabais vida salva, lo rompí en muchos pedazos. Sin embargo, os agradezco vuestra protección.
—Creo que debo intervenir —dijo el coronel. —Me gustan las cosas claras y si mal no entendí, barón Villadial, me mandasteis acudir para ser testigo en el interrogatorio a que había de someterse el señor conde de Ferblanc. ¿Por qué, pues, permanece el conde con la cabeza cubierta ante este tribunal?
Perdomo Alba juzgó mentalmente que los hechos iban a precipitarse. La espontánea intervención del coronel, que en busca de apoyo, ladeó la cabeza y respetuosamente

miró hacia el hombre vestido de pardo, iba a acelerar el interrogatorio.

Carlos Lezama, sonriente, apoyó los dos puños en sus caderas, abriendo las piernas, y echando hacia atrás la cabeza.

—Permanezco con la cabeza cubierta, porque en pie estoy ante quienes sentados se hallan. En cuanto a que esto sea un tribunal, es la primera noticia.

—Pues ya lo sabéis, conde —dijo secamente el coronel, alentado por la cabezada de asentimiento del hombre vestido de pardo. —Por lo que he oído se trata de averiguar si sois tal conde de Ferblanc, y qué vinisteis a hacer en Puerto Colombia hará cosa de tres meses.

—¿Sois vos coronel?

—¡Truenos! ¿No lo oísteis decir al señor barón?

—El mismo es quien me ha saludado como a conde de Ferblanc. Por tanto, si buena es su palabra para mío vos coronel seáis, buena ha de serlo también para que yo conde de Ferblanc sea.

—¡Absurdo sofisma! ¡Cuántos aquí hay, bien saben quo soy el coronel Carvajal!

—Si me permitís, coronel —intervino Alba os rogaría que me dejarais llevar el interrogatorio, y al finalizarlo, vos me honrareis interrogando a vuestro turno.

—Gracias, señor barón. Tenéis razón sobrante —admitió el militar.

—Estamos todos de acuerdo, ¿sí o no? —sonrió el Pirata Negro. —Decimos pues que esto es un tribunal. Queréis saber si yo soy conde, y también por qué vine a esta ciudad en otra ocasión. Ahora tan sólo falta un requisito.

—Indicádmelo, señor —dijo cortésmente Perdomo Alba.

—Que me dé a mí la gana de contestar a las preguntas.

Un retozo de sonrisa dibujóse en los severos labios del hombre vestido de pardo. Poro no fue diversión la mueca que apareció en el rostro de Alba y del coronel. Este gruñó encolerizado, mientras el extremeño, compulsando sus papeles, para recobrar el dominio de su voz, arguyo:

—Se os trata con cortesía, señor conde. Procurad devolverme esta atención.

—En privado, sería con vos tojo miel y cortesía, señor barón. Pero en público, no tengo por qué ocultaros que esa treta del tribunal, los soldados, el coronel y los escribientes, me revienta. Yo no necesito de tribunales para contestar preguntas. Si me apetece contestarlas, igual daría las réplicas a un verdugo, que a un marqués, o a un pedigüeño. Pero al que con ínfulas de juez me interrogue, que no me pida cortesía y se atenga a las tarascadas...

—¡Pido la palabra! —gritó el coronel. —Sabed, señor conde, quo yo no sirvo para juez, pero como jefe de las fuerzas militares, os hago constar que a una orden mía mis soldados os harán entrar en razón, si es preciso que alguien domino vuestra insolente actitud.

—Que me place... —dijo, brillantes los ojos, el Pirata Negro. —Este es el lenguaje que me cuadra mejor.

—¿Os dais pues cuenta de que tenéis que ser más respetuoso?

—Quizá vos también, coronel, debéis, de serlo conmigo. Vine solo porque solo se me citó y por una sola persona. Pero, ¡oh, queridos caballeros!, dura maestra es la vida, y caras cobra sus lecciones. Una aprendí, y es la de desconfiar. Por si barruntos había de esas zarandajas llamadas tribunales y demás cuchufletas, cuatro hombres distribuí por la ciudad. Su misión es sencilla. Si a más tardar dentro de cinco horas no me hallo reunido con ellos, la suerte que yo sufra, sufrirán los que me hayan hecho correr albures. ¿No comprendéis? Es sencillo. Suponed que dais orden a vuestros soldados de atacarme. Son bizarros peleones. Alguno caerá, antes que yo caiga. Pero el instrumento no cuenta, sino la orden que los empuja. Dicho de otro modo. Mis hombres sabrán lo que aquí ocurra, y si pierdo el pellejo en esta sala, no doy un ochavo por el vuestro reunido, señores.

Y en amplio ademán, abarcó Lezama los cuatro componentes que se hallaban tras la mesa.

—¿Pretendéis amenazar? —gritó el coronel.

—¿No lo hacéis vos? Iniciasteis el fuego, y contesto con andanadas.

—Me permitís... —intervino de nuevo Alba. —Dejadme proseguir, señor coronel. Conozco ya al señor conde, y quisiera terminar mi interrogatorio. Con vuestra venia, señor coronel, continuaré.

—Bien. Pero ¿y mi venia? —sonrió Lezama. —Vos queréis continuar interrogando. ¿Habéis contado conmigo? Por más juez que seáis, no creo que en vuestros códigos exista un procedimiento para hacer hablar a quien callar quiera. ¿Queríais decir algo, señor coronel? ¿Algo acerca de verdugos o tenacillas?

—¡Luego hablaré! —prometió iracundo el interpelado. —Seguid, señor barón. Y las cosas claras de una vez.

—Os di salvoconducto, señor conde, porque deseo que sepáis que no es mi intención haceros apresar. Aunque si persistierais en rebelde actitud, muy a mi pesar, lo ordenaría

—Hacedlo ya pues. Ordenad... que ya procuraré yo, ahora con la lengua, y después armas en mano, demostrar que no he venido a que me encierren. Acudí a una invitación, que no a una orden. Seguid invitándome a hablar y podremos entendernos. Puesto en otro lenguaje: por las buenas, me avengo a rumiar en pesebre. Por las malas, rebuzno y doy coces. ¿A quién deseáis interrogar? ¿Al manso o al asno? No será más que réplica a los modales. Del pastor la oveja bala... y del burro el asno hace eco.

—Considerad entonces, señor conde, que amistosamente os invito a contestar a mis preguntas.

—Presto estoy a ello.

—Con absoluta sinceridad os ruego que me digáis:..—y el magistrado dirigió otra mirada a la mesa. —¿Cuál fue vuestra intención al venir por vez primera a Puerto Colombia?

—Buscar un hogar y paz que harto estaba de vagabundear.

—¿Por vuestra esposa e hijo?

—Asunto es éste de índole familiar y privadísima —sonrió el Pirata Negro. —Dejemos a las mujeres y los niños en paz, que derecho tienen a ello. Proseguid el interrogatorio, a ver si de una vez por todas nos entendemos.

—¿Sois realmente conde de Ferblanc?

—Leed —y del bolsillo superior de su jubón, extrajo Lezama el documento legal redactado en francés, que le confería tal título.

Perdomo Alba recogió el documento, que pasó al hombre vestido de pardo, diciendo a la vez:

—Ignoro el lenguaje francés.

Después de una corta pausa, el hombre vestido de pardo devolvió el documento, asintiendo mudamente con la cabeza. Tendió Alba la credencial.

Y con una expresión de cautela leyó en sus papeles. A su pesar, su voz vibró al preguntar:

—¿No tenéis otro título?

—De noble, no. Me basta y sobra el de conde, que mucho ha sonado últimamente.

—De noble, no, habéis dicho. ¿Acaso hay otros títulos?

—Ya lo creo, querido amigo. No seáis tunantuelo... ¡Carape! Bien sabéis quién soy

—Quizá prefiráis conservar secreto algún otro nombre que os pertenezca.

—¡Oh, que no! Mi nombre en Carlos y mi apellido Lezama. Y tengo un título del que muy orgulloso estoy. Mucho más que el heredado por cuna. Pero me cabe el recelo de suponer que el coronel Carvajal estime como provocación el que yo decline mi honrosísimo apodo de Pirata Negro.

—Desde que entrasteis sabía yo que erais el famoso pirata —dijo el coronel, adustamente. —Y nada he de objetar si tenéis a orgullo ostentar vuestro apodo, señor conde.

Y el militar se levantó.

—Puesto que ha reconocido quién era sin la menor dificultad, considero inútil mi presencia ya, señor barón. Enteradle del perdón decretado por Su Majestad. Yo acato y reconozco justa la decisión del Rey, bien informado por múltiples conductos. Reconozco también que tras leer el acopio de informes, este... pirata merece perdón. Pero no veo ya el motivo de que continúe presenciando lo que aquí ocurra. Sabedlo, señor conde; podéis legitimar ante España vuestro título, olvidando el de pirata, porque la generosidad del Rey os ha perdonado.

—Tate... ¿Y quién es el Rey para atreverse a perdonarme, a mí?

CAPITULO CUARTO

ORO, SANGRE Y LUTO

Si la más potente granada del cañón de mayor calibre, hubiera estallado ante las botas del coronel Carvajal, éste no habría manifestado tanto pasmo, como el que en su rostro se plasmó al oír la pregunta del Pirata Negro.

Quedóse sin habla... En cambio, el hombre vestido de pardo, volvió a ostentar en sus severos labios, un asomo de divertida sonrisa.

Carlos Lezama repitió de nuevo su pregunta, con una ligera modificación.

—¿Quién es el Rey de donde sea, para tener la osadía de perdonarme a mí?

—Recapacitad — apremió Alba—. No os endioséis, señor. Hay edicto que trajo, al poco de vos partir, un galeón de Cádiz. Por medio de él, en atención a los muchos actos caballerescos que en pro de los intereses españoles llevasteis a cabo, y en consideración a que por todos los ámbitos dejasteis gallarda presencia de rancio sabor español hidalgo, Su Majestad consiente en echar al olvido vuestro pabellón pirata... y os perdona, si hacéis pública confesión de arrepentimiento.

—Magna concesión que no acepto por la razón muy preclara de que de nada me arrepiento y no quiero perdón de nadie, así sea el propio Rey de España.

—¡Rebelde actitud de la cual os debéis retractar, señor! — gritó escandalizado el coronel—. ¿Cómo? Hay edicto que os concede el derecho a ser de nuevo un hombre libre, un caballero a cubierto de persecución, y os permitís la osadía incalificable de... ¡No sé! No acierto a hallar palabras. Deberíais gritar: «¡Viva el Rey!>, con todas las fuerzas de vuestros pulmones. Deberíais...

—Atended, y calmaos, coronel Carvajal. Estimo que ha llegado la hora de que hablemos en serio. Lo que debo hacer y lo que hago son dos cosas muy distintas. Miradme bien, coronel Carvajal. Ved —y fue tocando suavemente el Pirata Negro sus aretes, su jubón y su chambergo.— Oro, sangre y luto... ¿Croéis que yo olvido todo esto simplemente por un plumazo? Se han citado dos palabras: perdón y arrepentimiento. Y yo repito: no quiero perdón, ni finjo arrepentimiento. Oro he robado,' sangre he vertido, y luto hay en mi alma de pirata.

El coronel Carvajal avanzó y, descendiendo del estrado, fue a detenerse ante el Pirata Negro. Lo miró, encasquetándose el chambergo.

—Hablemos de igual a igual, Carlos Lezama. Olvidad al tribunal. Olvidad el edicto. Olvidad... y que me sea perdonada la irrespetuosa afirmación... ¡olvidad al rey! Como conde no me eráis grato, porque había exceso de insolencia, que no tolero en quien por el hecho de presumir de de sangre azul, pueda creerse con derecho a ser un insolente. Ahora bien, como pirata que fuisteis, actuasteis siempre noblemente, mal me pese

reconocerlo. Habéis citado oro robado, sangre vertida y luto en vuestra alrededor. Yo, por soldado, también tengo la responsabilidad de haber vertido sangre, y al igual que vos no me arrepiento de ello, porque era preciso. Vos vertisteis sangre de otros piratas malvados sin alma. Pero no seáis insensato ni rebelde, amigo mío. Reconoced que enarbolasteis pabellón de rebeldía. Arrepentíos pues de ello, y ¡truenos!... seamos, amigos.,

Bruscamente avanzó las dos manos ni militar. Carlos Lezama sonrió, pero sin burla.

—¿A quién ofrecéis las manos, coronel? ¿Al arrepentido, o al Pirata Negro?

—¡A los dos, truenos!

—Entonces, señor coronel, aunque os agradezco de todo corazón vuestro viril gesto, y reconozco que vuestras palabras me han conmovido, no puedo estrechar vuestras manos... ¡porque por última vez digo que ni quiero perdón ni de nada me arrepiento!

Vaciló unos instantes Carvajal, y por fin, ladeándose, miró hacia el hombre vestido de pardo.

—Excelencia: pido permiso para retirarme... Creo que de seguir aquí, me acaloraría ante este... soberbio y terco pirata.

Y dando un taconazo, el coronel Carvajal abandonó a grandes zancadas la sala.

Perdomo Alba miro también hacia el hombre vestido de pardo, quien señaló el sillón vacío. Comprendió, el extremeño...

—¿Tenéis la bondad de sentaros, señor conde? — solicitó el barón, indicando el sillón que acababa de dejar vacío el militar, con su tempestuosa salida.

—Grato ofrecimiento, señor — dijo el Pirata Negro, mientras, subiendo al estrado, destocábase. Sentóse en el sillón, después de ladearlo para enfrentarlo con el del magistrado.

—La parte más ardua ha sido ya zanjada, conde Ferblanc.

—¿Lo creéis así? Yo no, barón de Villadial. Recuerdo unos jazmines y las deliciosas palabras de una dama. Soñé con tener un hogar al amparo de peligros. Pero al precio de pedir perdón, ¡no! Al precio de simular arrepentimiento, ¡no! ¿Es soberbia y endiosamiento de pirata que no acata leyes ni realezas? No lo creáis así, barón de Villadial. Comprendo muy bien que ha sido magnánimo el gesto de nuestro... del Rey de España. Ha sabido discernir gracias a sus consejeros qué porque soy español, soy rebelde, pero no hay vileza en mí. Porque soy español de buena cepa. Pero de cuanto hice no puedo arrepentirme, porque de nuevo lo haría si la ocasión se terciara. Por cuatro veces he subido al cadalso, por meses remé en galeras, por horas y minutos he salido a escape de persecuciones. Siempre he vivido fuera de la ley. Y vos os preguntaréis por qué no acepto ahora la ocasión de convertirme en un ciudadano libre. Os diré sencillamente: porque más prefiero la libertad del pirata caballero, a tener que renegar del que he sido... Vos no lo comprenderéis, pero para mí el ser Pirata Negro es blasón de gran valía, que cubriría de lodo, si ahora, para ser simplemente conde de Ferblanc, pidiera perdón pública o privadamente de lo que antes hice. Sabedlo, señor

magistrado: ya que unir los dos títulos no puedo, doy gracias por vuestro conducto al rey, pero ni ante él ni ante nadie, que hombre sea, abdico de mi pasado.

—Intentad reflexionar que se os ofrece el privilegio de tener hogar, respeto, y libre circulación por todos los territorios donde ondea el pabellón español. Vos mismo reconocéis que la peligrosa independencia en quo hasta hoy vivisteis, acarrea perjuicios a los seres que os son queridos y...

—Agradezco vuestros esfuerzos, señor barón, pero no piséis terrenos resbaladizos. Hasta ahora hay entre nosotros cordial trato, porque os veo bueno y deseoso de atraerme al redil. Pero es imposible al precio de tener quo renegar de mi pasado de pirata.

—Bien aparecisteis aquí como conde.

—Porque lo soy.

—Hay algo de sofístico y capcioso en vuestra argumentación, conde pirata — dijo Perdomo Alba, sonriendo—. No os ofendáis. No me enseñéis los dientes. Yo os hablo así porque pese a que militemos en bandos opuestos, os aprecio, porque si esto es posible vos lograsteis el milagro de actuar en el campo de la piratería como un justiciero magistrado. Pero comprended que, dejando aparte las inclinaciones del corazón, hay leyes y apariencias que deben ser respetadas. En fin, yo os quiero convencer de que debéis aceptar lo que el edicto dispone. Y... —Interrumpióse el extremeño al sentir sobre su hombro la presión de una mano.

Se puso en pie, al ver que era el hombre vestido de pardo el que colina leve presión le había atajado.

Con voz grave, pero que se percibía muy acostumbrada al mando, manifestó aquél:

—Os ruego nos dejéis solos, mi buen amigo. Ordenad también al suboficial que se lleve a sus soldados. Gracias, barón. En cuanto a vos, Pirata Negro, ¿me concedéis media hora de vuestro tiempo?

Y así diciendo, el hombre vestido de pardo sentóse ahora en el sillón abandonado por Perdomo Alba, que alejándose, dijo unas palabras al suboficial; éste, con grito que no fue audible dada la distancia, reunió a los diez soldados, y salió con ellos.

El secretario fue el último en salir tras Alba, entornando la puerta.

El Pirata Negro, varias veces había ya mirado al silencioso sujeto, de quien emanaba como una especie de magnetismo personal, pese a que pareciera mantenerse apartado del interrogatorio y de la conversación.

Era un hombre en la fuerza de la edad, de rostro atezado y viril. Llamaban la atención sus ensortijados y naturales cabellos blancos, que en abundosos rizos enmarcaban la amplia frente, haciendo destacar aun más la negrura de unos ojos de mirada apacible.

Pero el blanco bigote no ocultaba el severo trazo de los labios, ni la barbilla corta atenuaba la línea poderosa de las mandíbulas. La nariz era corta, aquilina, y de ventanas-amplias, como si aspirasen continuamente.

Los anchos hombros, y los nervados brazos resaltaban bajo la tela parda del ceñido

jubón. Daba la impresión de mucha fortaleza, y a la vez de intelectual, como si en él se mezclaran hábitos de guerrero y reflexiones de místico.

—Os he pedido media hora, susceptible de prolongarse si la conversación os place. No es cuestión de interrogatorios ni genealogías. Oí lo suficiente para como piedra de toque, saber a qué atenerme con respecto a quien sois. Si tengo llaneza, atribuidlo a mi patria chica, porque en los páramos castellanos vi la luz. En Aranda de Duero nací, y burgalés moriré, con lo que quiero deciros que soy seco, sobrio, y poco amigo de florilegios. Mi nombro es Juan y mis apellidos Diéguez y Rodríguez.

—Nombres secos, sobrios y sin florilegios, señor.

—Gusto del vinillo acre, ¿sabéis? Significo con ello que vuestra actitud burlona me ha gustado. Si notáis algo de tono protector en mi parla no os formalicéis. Tengo cincuenta y siete años, los llevo lo mejor que puedo, y por lo mucho que he navegado contra fariseos y cobardes, tanto más aprecio al que equivocado o no, proclama bien alto su sentir. Seguidme en la loca carrera que voy a emprender saltando obstáculos y yendo directamente a lo que me interesa.

—¿Por qué os he de seguir, señor? No quiero romperme el cuello, aunque sólo sea simbólicamente. ¿Ha de interesarme a mí lo que queráis contarme?

—Supongo que sí, o no os lo contaría. Juzgad vos mismo. Si creéis que cuanto hablo es perder el tiempo, hacédmelo constar sin vacilaciones. Sé que lo haréis.



—Decidme, señor, ¿quién sois?

—Hay algo curioso en vos, señor

—¿Y en vos no? Sois indomable, temerario, audaz, triunfador. Cuatro veces habéis

subido al cadalso, habéis remado en galeras y conocido las artes de las emboscadas y trampas. Utilísima ciencia.

—¿Para qué?

—Encajará en lo que os he de contar. Pero si lo juzgáis necesario, decidme qué os causa extrañeza en mí.

—Poseéis fortaleza de hombre habituado a bruscos ejercicios. Lucís espada de rica empuñadura. Vuestra voz es de quien acostumbra a ser rápidamente obedecido. No obstante, hay en vos una cualidad que pocos perciben. Esta cualidad que os valdrá seguramente ser obedecido, porque supongo que poseeréis don de mando. Y a la vez, hay en vos una irradiación de bondad especial. No la abobada debilidad de un temple acobardado por los embates de la vida, si no la del que estando de vuelta de todo, ha adivinado la futilidad de ambiciones, luchas, orgullos, y se atiene tan sólo a las verdades primarias...

—Quién discierne a golpe de vista el temple de un hombre, sirve para mandar. Vos lo tenéis acreditado. ¿Cuáles son según vos las verdades primarias?

—Las eternas: hogar, no exigir de la humanidad lo que no puede dar, no amargarse, laborar por mejorar... En fin, el místico.

—¡Sí! Pero el místico-soldado. A eso vamos, señor conde pirata. Si no me igualáis en años, doy por cierto que podemos medir en el mismo rasero nuestras propias experiencias. La vida es combate, si por buena causa se combate. Antes citasteis oro, sangre y luto. Son también verdades primarias. Por oro todos luchan, y la sangre contiene apasionamiento, y de todo ello llega la secuela inevitable del luto. Pero... se puede ennoblecer el oro, se puede prodigar generosamente la propia sangre y la de los enemigos. Vos siendo pirata, lograsteis que en cada acción vuestra aletease el Ángel, pero prodigando la Bestia porque bestias eran los enemigos. Y la Bestia que siembra el luto debe ser exterminada. Apaciblemente, bondadosamente, sin rencor, como siempre habéis luchado.

—Decidme señor, ¿quién sois?

—Me es grato ver que deseáis saber quién soy. A su tiempo, señor conde pirata. Antes dijisteis vos: «Vayamos por partes». Permitidme ir saltando obstáculos. Hay una verdad también primaria —y una leve sonrisa brilló en los ojos del castellano—. Vos conocéis el Caribe como si fuera vuestro propio bolsillo.

—Puedo presumir de ello sin jactancia.

—Es un mar de codicias, de pasiones desatadas, de luchas sangrientas, de alevosas traiciones. Un hermoso arco de islas lo encierra por el norte, y las tierras de Centroamérica y las norteñas del continente meridional, forman su litoral sur. Es un mar delicioso, bello bosque de mástiles, donde las olas rumorean la brava canción del luchador. Amo este mar, porque huele a sangre, y al embravecerse ruge la epopeya de sus miles de muertos, clamando venganza los Angeles, y replicando en hueras carcajadas de escarnio las Bestias. Y la luna, bonachona, destila rayos plácidos y

calmosos, sonriendo ante los esfuerzos de unos y otros.
—¡Vos sois hombre de mar, señor!
—¿Por qué lo proclamáis así?
—Un hombre de tierra adentro que no hubiera pasado muchos años sobre cubiertas rezumantes de efluvios salobres, no hablaría así del Caribe.
—Lo amo y lo detesto. Quisiera, como un leñador, poder abatir a hachazos las alimañas que motean las verdes hojas, carcomiéndolas e impidiendo que las tropicales perlas de las islas tengan fulgor claro. Por espacio de años imaginé un exterminio. Sanear el Caribe, limpiarlo de impurezas, no dejar en él sitio habitable para las alimañas... Vos ya lo habéis hecho, Pirata Negro.
—Por ahora, cuanto decís halla eco en mí, señor.
—Por el Caribe tienen forzosamente que entrar y salir naves españolas, son atacadas, pero saben defenderse cuando en ellas van soldados. Al menos si perecen, con ellos caen muchas alimañas. Pero otros menos afortunados, sufren penalidades sin fin. España quiere sanear el Caribe. Extirpar los gusanos, y dejar que vivan los aventureros cuyos pecados Dios perdonará en su Alta Justicia, mientras en tierra, los hombres de buen corazón no los enjuicien mal, aunque, la ley los persiga. Para esta labor de exterminio no bastan los soldados. Con ser muchos los que de todas las regiones de España acuden, anchas son las tierras americanas y deben ser regadas con ardiente sangre española, para que al pasar los años, esta semilla de sangre florezca en unión espiritual. No puede pues disponerse de soldados para luchar contra la Bestia del Caribe. Al menos, no en el suficiente número para realizar un sueño que vos podéis comprender.
Abrió Juan Diéguez Rodríguez la ancha mano, y mostró la palma.
—Si aquí pudiera contener el Caribe, ¿creeréis que cerraría el puño aplastando cuanto contuviera? No. Me contentaría con saber que mis dedos, engarfiándose cuando fuera preciso, impedirían que entrara o saliera del Caribe quien no quisiera yo porque entrase a maldad, o pretendiera salir a traición
—Ambicioso sueño de ideales, señor. Creo comprenderos. Quisierais que la natural belleza de las Antillas no se viera profanada por hombros que pretenden amar la canción de las olas, y escupen en ellas, ensuciándolas, al matar seres débiles e indefensos, para saciar sus instintos de Bestia.
—Hablamos el mismo lenguaje, Pirata Negro, y por eso nos comprendemos. Vos y yo somos amantes de la mar. Es nuestra prometida generosa. La maldecimos cuando alevosa quiero hundirnos, pero luego la besamos en las lonas desgarradas, cuando la hemos vencido, y sumisa rumorea acariciante el casco que no pudo estrujar en voraz abrazo pasional, para llevárselo al fondo.
Juan Diéguez Rodríguez tenía a veces el fanatismo de un iluminado al hablar, pero era sólo cuando evocaba el mar.
En cambio, sus ojos volvían a ser apacibles, al citar rudamente otros aspectos de la

extraña conversación.

—Imaginad conmigo, Pirata Negro, un fantástico y romántico ejército de demonios desesperados, capaces de todas las iniquidades, si no se hallan bajo una voluntad de mando, pero capaces de todos los heroísmos si un hombre, todo un jefe, sabe dirigirlos. Como una legión de romanos mercenarios, cuyo solo ideal sería oír que se les dijera: «Muere, pero matando». Es una cantera peligrosa. Mal dirigida puede ser arma de La Bestia contra el Angel. Bien encauzada puede exterminar a la Bestia, no solo a la que debe combatir, sino a la propia que lleva íntimamente arañando sus entrañas. Ved la cantera: las lóbregas paredes de las cárceles, las ardientes e infernales estibas de cargamento mal llamado humano que transportan las galeras. Asesinos, ladrones» piratas, tahúres... Soy castellano y seco, señor pirata. Admito que entre ellos pueda haber hombres capaces de regeneración. Pero la mayor parte son fieras, y bastantes de ellos alimañas. Sin ninguna dificultad vos podáis imaginar lo que es posible obtener de una selección de este material humano que forme una legión especial. Una legión del mar.

—Fácil es, señor. Basta con discernir de ellos cuáles son las fieras y cuáles las alimañas.

—¿Y ponerles bajo las órdenes de un jefe que sea un honesto soldado? Les humillaría.

El Pirata Negro alzó la cabeza, brillantes los ojos.

Juan Diéguez Rodríguez hizo, un extraño gesto. Se presionó entre las dos manos las sienes, pero no en gesto de abatimiento, sino de concentración, como si quisiera sujetar bien su pensamiento.

—Daos cuenta, Pirata Negro. En mazmorras infectas, yacen amontonados, escorias de la social humanidad. Pecaron, por error, por malos instintos, o por falta de una mano quo los ayudara. Pero escupieron a la faz de la sociedad y ésta debe protegerse. En pútridos bancos de galeras, reman otros insensatos, blasfemando y vomitando su odio contra la ley y la sociedad. Quitémosles las cadenas, dejémoslos salir a aspirar el salobre ambiente del Caribe. Formarán nuevamente en la plebe del crimen. En cambio, imaginad que hay un loco soñador, que como vos, sueña, pero también como vos, aplasta, extermina y sangra a quien pretenda confundir la generosidad con la extraviada bondad del que no tiene la dureza de ser implacable. Imaginad que este loco, ve de pronto al hombre que pueda ponerse al frente de esta turba de instintos desencadenados. Un hombre que puede por su título de pirata indomable, y su larga experiencia, abrir la palma, acariciar si quiere, y pegar cuando se tercie. Y con esta palma, pueda meterse en el bolsillo a la más infernal de las tripulaciones. Y al frente de las Bestias luchar a favor del Angel. Exterminar la bestia alimaña, y saber domeñar a la bestia noble, con fieros instintos que bien encauzados pueden redundar en beneficio de España.

—Os sigo, señor. A muchos podría parecer descabellado este proyecto pero es genial. Hay sin embargo un peligro. Suponed que exista el jefe capaz de ir por galeras y

presidios y reclutar bestias nobles. I

—Vos tuvisteis siempre tripulación de, bestias de todas clases, que bajo vuestro mando fueron fieras nobles.

—¡Y los pocos que quedan lo siguen siendo, señor!

—Pese a todo... Por tanto, vos podéis ser este jefe del sueño.

—Suponed que lo fuera, y consiguiera barcos donde apiñarlos, darles armas y lanzarlos al Caribe. Decidle que muy bien pudiera ser que el jefe de esta legión, soñara con apoderarse del Caribe y reinar en él como dueño y señor.

—Vos también estáis de vuelta de torpes ambicionen, señor. Un reino efímero no os tienta. Fuisteis famoso como Pirata Negro. Podéis aumenta hasta lo indecible esta fama, como conde de Ferblanc. Tratad de seguirme en mi nuevo razonamiento. Hay que guardar las apariencias. La sociedad lo exige, y ya os habéis dado cuenta de ello. No sois ya el joven gallito retador y camorrista que hace años apareció por el Caribe en su arrogante «Aquilón», dejando tras sí la estela pirata de caballerosos desafíos a la ley. Os granjeasteis al aprecio de los soldados, pero la repulsa de los jueces. Pudisteis reinar en Panamá. No lo quisisteis porque sois inteligente, y comprendéis que contra el mundo entero no se lucha. Pudisteis reinar en Puerto Rico, y también os fuisteis inteligentemente. Sin ir más lejos: hace apenas unos meses —y ahora sonrió abiertamente el extraño castellano— en esta misma sala había un tesoro. La guardia estaba dormida. Vuestros piratas podían haber saqueado la inerme ciudad. Os limitasteis á besar la mano de una dama andaluza, dejar atado al culpable, y os llevasteis algunas joyas como recuerdo, despreciando olímpicamente el resto del tesoro. ¡Vos, Pirata Negro, sois el jefe que necesita el Almirante «Lúgubre»

Carlos Lezama pestañeó. Había oído contar la progresiva fama del Almirante que en largos periplos oceánicos, desde las Indias hasta el mismo Pacífico, había ido dejando un renombre de severa justicia implacable

Le apodaban «Lúgubre» porque raramente sonreía, y su arrogante figura hierática adusta, imponía pavor en los fuera de la ley, y un respeto místico en sus soldados

—¿Os ha hablado de mí, el Almirante «Lúgubre»?

—Él es el loco soñador al que me refiero. Hablo mucho con él. Me digna haciéndome confidente de todos sus planes. Soy seguramente el único con que cuenta. No le traiciono al contaros sus propósitos, porque sabe que os estoy hablando a naipes descubiertos. Antes dijisteis que sería posible que el jefe pirata, al frente de sus bestias, pudiera suponer un peligro para el Caribe. Es decir, que pretendiendo ahuyentar alimañas, pisoteándolas podía surgir el riesgo de que anidase una víbora peor... Escuchad, conde pirata: ¿vos confiáis en vuestro lugarteniente?

—Es prolongación de mi cuerpo y de mi mando.

—¿Confiasteis en él apenas le visteis?

—Sí... Pero adivino dónde vais a parar. Pese a confiar en él, lo estudié y vigilé durante años, sin que él se diera cuenta.

—¡Ajá! — exclamó vigorosamente Juan Diéguez Rodríguez—. La confianza puede hacer zozobrar la nave de un marino solitario, pero no la nave de un Estado. El Almirante «Lúgubre» podrá quizá confiar en vos; pero como hombre. De hombre a hombre. Pero velando por mayores intereses, y en evitación de que el oro ciegue, o la sangre encienda la Bestia, y siembre luto, os afirmo que el loco soñador ha previsto todas las contingencias. Imaginad que disponéis de seis naves bien artilladas. Fragatas maniobreras, verdaderos rayos de destrucción. En cada una de ellas, un capitán a vuestras órdenes; en cada una de ellas, vuestras bestias. Y vos al mando de esta escuadra de exterminio, limpiando el Caribe de alimañas. Vuestro «Aquilón» abriendo el surco de proa, señalando los caminos en arado de limpieza. En cada fragata los artilleros serán soldados, y si el caso llegara, por torpeza del mando, a cuchillo tratarían de sofocar loa instintos desencadenados... ¿Vais comprendiendo?

—Sí, señor... Me place. Pero es un sueño... Podría ser el Pirata Negro, pero para recibir acatamiento de capitanes honestos, tendría a la vez que ser el conde de Ferblanc. ¿Es esto?

—¡Ajá! — volvió a exclamar Juan Diéguez Rodríguez—. Si lo que hacíais por libre albedrío de pirata, lo seguía haciendo con entera libertad, como conde de Ferblanc, solamente con una cortapisa, no sería esto renegar de vuestro pasado. Muy al contrario, sería dar nuevo lustre a vuestro pabellón. Sería una labor titánica. Erizada de mil contratiempos. Las bestias gruñendo, a las que tendríais que dar látigo y azúcar. Los honestos capitanes, obedeciendo al conde de Ferblanc, pero a espaldas suyas quizá llamándoos «pirata renegado».

—Todo eso es humano — sonrió el Pirata Negro — y muy humano soy señor. Sería hermoso este sueño. Me zambulliría en él, por mi esposa, por mi hijo, por mi hogar... ¿Y por qué no?.. por el placer de ser una bestia humana al servicio del Angel. Pero...

—Hay edicto olvidando al Pirata Negro. No pidáis perdón, ni os arrepintáis. Estamos solos, y somos dos hombres «de vuelta» de muchas vanidades. Pero hay honrillas, ¿no, señor pirata? El Almirante «Lúgubre» dará por recibido vuestro público acatamiento a la magnanimidad del Rey. Y él se sentirá alegre si puede anunciar que hay por fin un jefe cabal para la legión del Mar Caribe. Este jefe será el conde de Ferblanc. ¿Imagináis ya las rumorosas voces de las olas, pregonando que sólo hubo un hombre que logró aún más fama que el Pirata Negro? Dirán cuando alguien lo ponga en duda: «Sí, incrédulos. El conde de Ferblanc, ha vencido en fama al Pirata Negro». Y habrá palmeras que rumorearán risitas irónicas, porque dirán: «Nuestro ídolo el Pirata Negro sigue en pie, del brazo del conde de Ferblanc, perqué son el mismo titán»...

—Bello sueño, señor.

—Y vuestro hijo crecerá orgulloso del conde de Ferblanc. No tendréis que ocultarlo. No me digáis que no pise terreno resbaladizo, conde pirata. Nos está permitido ser sentimentales a ratos. ¿Sabéis por qué se dio el apodo de «Lúgubre» al almirante? La actual generación dice que es porque no sonríe apenas. Yo os diré que antes sabía

sonreír y reía alegremente. Pero tenía una hija, que imprudentemente quiso venir a reunirse con él. En el Caribe... su barco se hundió asaltado por piratas. Le quedó el consuelo de saber que ella tuvo por tumba sin profanar el seno del mar. Desde entonces odió a las alimañas. Juzgó que día debía llegar en que Fueran exterminadas. Muchas hijas, cantan alabanzas del Pirata Negro. Lograd pues ahora que muchas otras entonen alabanzas del conde de Ferblanc.

—Suponed quo esto fuera posible, señor. Me refiero a convertirme en conde de Ferblanc al mando de bestias y soldados honestos. ¿Quién me mandaría a mí?

—El Almirante «Lúgubre». A él le rendiríais cuentas de cuanto tuviera que explicarse.

—¿Y si no me entendiera con él, señor? Es un obstáculo.

Pero de pronto, Carlos Lezama, levantóse. Inclinó la cabeza.

—No hay obstáculo, señor almirante. Sois el primer jefe que ha sabido adueñarse de mi voluntad, porque todas vuestras palabras han sido las precisas para acabar con mis rebeldías de pirata soberbio.

Juan Diéguez Rodríguez, el Almirante «Lúgubre», levantóse también, y dijo:

—Seguidlo siendo con todos, conde Ferblanc... menos conmigo. Y ahora, acompañadme a almorzar. Os presentaré mi fragata. Es sólida y airosa como una matrona cordobesa, y tiene la severa austeridad de una castellana. Pero sabe sonreírme y os sonreirá, sin que yo sienta demasiados celos. Estaremos en ella el tiempo necesario para ultimar todos los detalles. Tenemos aún mucho que hablar.

CAPITULO QUINTO

SOL EN EL PATIO

La aldea costera de Riohacha, unas doscientas leguas al norte de Puerto Colombia, gozaba de una fama tétrica.

La llamaban «el vertedero», el «desagüe de suciedades», y otros epítetos despectivos por el estilo. Pero aun los mismos insensibles guardianes que mosquete en bandolera y largo látigo en la mano, paseaban por los altos, muros de la extensa cárcel de Riohacha, sentían a veces algo parecido a un destello de compasión, al contemplar el enjambre humano de residuos sociales que componía la población forzosa de la vasta cárcel-fortaleza.

Fue allá por el 1700, cuando un Virrey, recogiendo los abundantes informes que manifestaban un gran incremento en la criminalidad existente en las tierras sudamericanas, pidió autorización para construir una cárcel-fortaleza donde alojar a los infractores de la benévola y elástica ley colonial.

Basábase en que las pequeñas cárceles existentes eran no sólo insuficientes para encerrar a los constantes rebeldes, sino que además no ofrecían ninguna seguridad, y de ellas escapaban los presos, convirtiéndose en mayor peligro, pues por no volver a sentir el peso de las cadenas, cometían al evadirse toda suerte de tropelías sangrientas.

Apoyaba también su petición de licencia, en la convincente razón de que una vasta fortaleza, podría alojar a los destinados a remar en galeras, y a los que por la magnitud de sus crímenes debían ser juzgados por tribunales de la metrópoli.

Y tanto los que esperaban turno para sentarse en el banquillo de galeras, como los que tenían que aguardar el paso del galeón que había de conducirlos aherrojados a la península española, no podrían escapar de la cárcel de Riohacha, por más ingeniosos que fueran.

Señalaba la aldea pesquera de Riohacha como la más indicada, por su alejamiento del interior —circunstancia, que eliminaba el peligro de que los indígenas, al sublevarse, pudieran abrir las puertas del presidio— y también por hallarse en lugar costero de la ruta de los galeones de las Antillas hacia la madre Patria.

Le fue concedida la licencia, y en Riohacha fueron sucediéndose unos tras otros los peores ejemplares de la fauna aventurera que pululaba desde el Caribe hasta el Cabo de Hornos.

La mayor parte de ellos habían partido de España, enrolándose como hombres de maniobra en los galeones o como soldados rasos en las sucesivas expediciones que tenían que vencer los peligros de las selvas., las flechas envenenadas y las fiebres.

Otros eran mestizos y criollos. Pero en común, todos habían sido hombres cuyos

instintos no supieron acomodarse a la disciplina militar.

Y conocieron la disciplina más rígida y a toque de silbato de la gran cárcel de Riohacha. Encerrados en grandes jaulones, se apiñaban de veinte en veinte en un espacio donde con estrechez habrían cabido diez hombres

Los jaulones estaban construidos bajo la roca viva, sumidos en la obscuridad subterránea, mal alumbrada por linternas. No conocían más que una hora relativamente placentera.

La llamada de «Sol en el patio». Después de la frugal comida del mediodía, compuesta de legumbres con agua, un tasajo medio podrido y medio limón por barba, eran conducidas por sus respectivos cabos de alojamiento, al gran patio cerrado herméticamente por los cuatro costados con altos muros, en lo alto de los cuales había un compacto cuadro de guardianes. Estos, cuando los presos adoptaban una actitud levantisca, como a veces ocurría, disparaban sus mosquetones, obligando a aquella jauría de salvajes hirsutos a precipitarse hacia el ancho hoyo central por el que bajaban de nuevo a sus jaulones.

Pero en aquella hora, en que les era permitido tomar el sol y airear los pulmones, respiraban con ansia el salobre ambiente, llenando el pecho de limpio aire que barriera la fétida emanación de la sentina celular.

Y había además otro aliciente. Allí les era, permitido «ventilar» también sus «privadas cuestiones». Era una disposición del reglamento, que si dos presos o más se querellaban en el patio, se les dejara.

«Lobos matándose entre sí, menos lobos», decía el jefe de la cárcel. Los únicos que no tenían ni siquiera aquel derecho a respirar, eran los «castigados».

Esos permanecían en sus jaulones especiales, sin mantas ni paja donde tenderse. Eran los que habían intentado atacar a algún guardián, o habían fomentado un motín...

Los cabos, eran elegidos entre los mismos presos. Se les elegía generalmente por su robusta constitución, y tenían por misión recoger la comida de los que estaban a su cargo, y debían tratar de poner orden entre ellos.

Muchos de ellos eran odiados con mucha más ferocidad que los propios guardianes, puesto que eran considerados «traidores». Otros sabían granjearse el acatamiento de sus propios compañeros.

«El infierno de Dante», decía para calificar a la cárcel de Riohacha, uno de los guardianes, que era gran leedor.

Principiaba mayo del 1720, cuando a media mañana, ante la gran puerta de hierro de la cárcel, dos soldados a caballo, se detuvieron, pidiendo entrada y exhibiendo el «pase du conducción».

Entre las dos sillas, y amarrado a cada una de ellas por una correa que rodeaba,— su muñeca y hombro, lazo del que nadie, ni el coloso de Rodas, hubiera podido librarse, había un preso.

Abrióse la puerta, y los dos soldados desmontaron, cogiendo cada uno un extremo de

la correa.

En el rastrillo de entrada, el guardián, jefe de «recepción» miró unos instantes al atlético sujeto, vestido tan sólo con un corto calzón.

—¿De dónde procede? — preguntó el escribano, a una señal del guardia.

—De Puerto Colombia replicó uno, de los soldados. —Pero nosotros nos hicimos cargo de él en el relevo de la Sierra.

El guardián colocó el látigo bajo el sobaco, y recogió los papeles que tendía el soldado. Era la filiación...

—Vaya, vaya — sonrió agriamente el guardián, mientras leía. —¿Conque pirata español, jefe de velero, escapado cuatro veces de cadalso, y rebelde contumaz?

Dio un golpetazo con el puño en el pecho del recién llegado.

—Cuidado, granuja. Aquí no hay cadalsos, pero si te sientes con ganas de pelea, te rebajaremos los humos a latigazos. Otros tan fuertes o casi — añadió sinceramente después de examinar sus músculos — entraron aquí fieros como tigres, y salieron como mansos corderos. ¿Cuál es tu nombre?

—Carlos Lezama —replicó el Pirata Negro, suavemente.

—¿Edad?

—Cuarenta y ocho abriles.

La diestra del guardián en revés le cruzó la sien con fuerza.

—¿Edad? — volvió a preguntar.

—No es mi culpa si nací en Abril hace cuarenta y ocho años.

De nuevo el bofetón restalló.

—No nos gustan las insolencias, pirata Lezama — dijo el guardián. —¿Cuál ha sido tu último crimen?

—Saltar a la comba encima de la barriga de un Almirante.

Uno de los soldados rió, y el otro empezó a reír, cuando el látigo del guardián marcó dos surcos en el pecho desnudo del pirata preso.

Carlos Lezama había hecho un pacto con el Almirante Diéguez. Si tenía que reclutar bestias, quería conocerlas bien antes de hacerlo. Y para ello la única solución era que entrase en Riohacha, como preso ordinario, sin recomendación.

Y tanto los soldados que le llevaron como los guardianes, debían ignorar quién era y su propósito. Pidió un mes de plazo, y el Almirante Diéguez, accedió, aunque añadiendo que en evitación de que algún guardián exasperado le rematase, el jefe de la fortaleza, bajo palabra de honor de no confiar el secreto a ningún guardián, vigilaría por él.

Volvió el guardián a recoger la larga correa del látigo.

—Y más probarás si te sientes gracioso. ¡Llama al cabo de la galería del Mar!— ordenó el escribano.

Las jaulas se agrupaban por antiguas profesiones y por los delitos. Había el grupo de Caco, que era el de los ladrones reincidentes. El grupo de Marte, que era el de los

soldados acusados de haber dado muerto a algún compañero o superior. Ei grupo de Enamorados, acusados de raptos, violaciones y abusos. El grupo de Sanguinarios, los que siendo desertores, o no, habían cometido crímenes entre la población civil. Y por último, el Grupo del Mar, compuesto de piratas, corsarios, y marinos amotinados.

Por el rastrillo entreabierto por otros dos guardianes, apareció un hércules calvo, cuya redonda cabeza era lisa como la cáscara de un huevo y adaptaba también forma ovalada. En cambio, su pecho estaba cubierto por una pelambrera blancuzca y revuelta.

—¡A la orden, don Enrique! — dijo cuadrándose ante el guardián de recepción.

—Llévate a ese al jaulón tuyo. Amánsale, porque viene farruco. Enséñale a vivir. Puedes llevártelo, cabo Torcaz.

El calvo hércules cincuentón, asió con una sola mano las dos correas, y proyectó la barbilla señalando el rastrillo.

Echó a andar Lezama, y tras él el Cabo Torcaz, apretó el paso. Cerróse tras ambos el rastrillo, y atravesando un largo corredor que terminaba ante otra puerta monumental.

Ésta se abrió, después de aparecer un rostro tras la rejilla de alambres, y halláronse ambos en un gran patio soleado, en cuyo centro abríase un amplio hoyo.

—¿Corsario, maniobrero, pescador? —inquirió el cabo Torcaz.

—Piratilla y de los buenos — replicó Lezama, zumbón.

—¿Y cómo te dejaste pescar, «pasmao»?

—¿Y tú, «alumbrao»?

—Eché por la borda al soplón chivato del galeón, después de rebanarle la nuez, y me pilló por la espalda el contramaestre.

—¿Arreglo de cuentas?

—!Quita allá! Fue que el chivato iba a contarle al capitán cosas que no eran. ¿Cómo te llamas?

—Conde Ferblanc.

Rió el calvo como si acabara de oír algo muy gracioso.

—Pareces «despabilao», señor conde. Aquí cada cual tiene derecho a ponerse el mote que le apetezca.

—¿Cuál es el tuyo?

—«Peludo» y no me enfada. «Clarahuevo» sí que me molesta —y se tocó el cráneo ovalado—. Entra —recomendó señalando el hoyo.

Fue descendiendo Lezama por los peldaños tallados en la roca.

—¿Muchos pasajeros en la cala, Peludo?

—Tendréis asaz buena compañía, mi señor conde —rió el cincuentón.

—Me place, me place. Avisa a mis vasallos, chambelán.

—Te lo tomas por las buenas, Ferblanc. Mejor es así. Yo también prefiero reírme. Oye: si te quito las correas, ¿vamos a pelear?

—Prueba. Yo creo que no.

—Mira que yo no quiero peleas. Me escogieron por cabo, porque tengo carnaza dura.

—¿No te gusta pelear?

—Más que comer, pero aquí todos somos unos, y me da inquina que os pongáis tontos, porque tengo que atizar, y me parece como si abusara.

—No abuses conmigo cabo Torcaz. Tienes mi palabra de conde, de que puedes quitarme los adornos, y no te morderé la oreja.

El cabo Torcaz procedió a quitar las correas, pero apenas lo hubo hecho, saltó hacia atrás con los puños preparados. Se tranquilizó al ver que, sonriente, Carlos Lezama entrelazando los dedos, hacía rodar los pulgares.

Un coro de gritos, imprecaciones y obscenidades saludó la entrada del nuevo inquilino en el ancho pasadizo alumbrado por linternas y que a derecha e izquierda tenía, a modo de paredes, sólidos muros de rejas de hierro.

Como simios excitados, los presos, algunos de ellos encaramados sobre los hombros de otros, se aferraban a los barrotes.

Era una novedad la llegada de otro preso.

Olía a sudor e inmundicias, y algunos rascábanse con energía el torso o el cráneo según donde fuera el escozor de los piojos.

Era una cacofonía de pullas, insultos y preguntas. El cabo Torcaz alzó los brazos, pero no impuso silencio.

—¡Que lo afeiten! ¡Le sobran cerdas!

—¡Llévalo al salón, «Clarahuevo»!

—¡Del mar viene, pero no volverá!

—¡Por...! ¡Qué guapo eres, moreno!

Carlos Lezama iba desfilando, arqueadas las cejas y sonriente. Una zarpa salió por entre los barrotes, tirándole del cabello.

La diestra del Pirata Negro asió la muñeca, y un grito de angustia resonó, acallando las voces.

—Suelta, suelta —gimió el bromista, añadiendo alguna blasfemia.

—¿Eres tú el barbero, so...? —preguntó Lezama, y presionando, obligó a la mano que le había tirado de los cabellos a que se abriera.

Escupió en la palma, y soltó el brazo que había apresado.

—¡En el patio te veré! —amenazó el otro, retirando prestamente el brazo.

—No me hagas esperar mucho, pichón, porque sufro del corazón.

El cabo Torcaz asintió con la cabeza, como aprobando. Señaló a Lezama una mesa tras la que, bajo una linterna, sentábase un guardián, cruzadas sobre las rodillas el mosquetón, y colocado sobre la mesa el látigo.

—Grupo del Mar, don Gabriel.

El guardián tenía una espantosa cara de mal genio. Enjuto y cenceño, miró a Lezama como si fuera a devorarlo. Pero no pasarían muchos horas, antes de que el Pirata Negro comprobase que aquel guardián de cara feroz, era justo, bondadoso, y digno de mejor profesión.

—Mételo en tu jaula, cabo —dijo simplemente, tendiendo una llave enorme al calvo —. Dile lo que debe hacer y lo que no debe.

El grupo del Mar lo componían veinte jaulas repletas. Abrió Torcaz una de ellas, y a fuerza de codos, logró entrar.

—No seáis remolones, malditos seáis todos —dijo gruñendo—. Es de los nuestros. Un pirata.

Los más cercanos a los barrotes, limitáronse, los que estaban sentados, a doblar las piernas y a apoyarse contra el muro de piedra los que se mantenían en pie.

La paja era húmeda, y el asfixiante aire enrarecido poblaba de sudor los desnudos torsos. Todos vestían una sola prenda: un corto calzón.

—Muchos pujos te traes —dijo uno que en pie, hinchó sus poderosos hombros—. Te vi escupirle a «Tijereta». A mí tendrías que hacérmelo...

—Calla, «Reaños» —gruñó Torcaz—. Tampoco a ti te gustaría que te rozasen las cerdas.

—A ti sí que no te molestaría —dijo otro, señalando la calva cabeza de Torcaz.

Rieron algunos. Pero eran risas cansadas, como de hiena mal cebada, que no tiene gran deseo de fatigarse.

El Pirata Negro halló acomodo en una esquina contra los barrotes. Empezó a silbar tenuemente, y poco a poco aumentó el diapasón. Era un canto conocido...

Uno de los otros diecinueve, canturreó roncamente, acompasando sus palabras a los silbidos:

«Nos llama la galerna,
con voces de borracha.
Barre el viento la escarcha
de la mohosa linterna.
Silba la ventolera...»

Otras voces, como a regañadientes, acompañaron la canción:

«Entrando en la taberna,
Nos llama la galerna,
gente marinera...»

Cesó de silbar Lezama, y el mismo quo le había interpelado al entrar, le miró duramente:

—Unos soplidos, la canción de la galerna, y todos tan amigos, ¿no? —dijo desdeñoso.

—Es el gallo del corral —dijo Torcaz, riendo. —Apalea a todos los que llegan. Le llamamos «Reaños». Era contramaestre. Mató a un oficial de puente.

—¡Si lo maté, fue porque él lo pedía a gritón! Tenía un título y me llamaba «porro sarnoso».
—Tenía un título—rió Torcaz. Como tú, pirata.
—Os presento mis excusas, gente de mar. Olvidé que al llegar a las calas de barco nuevo, hay— que presentarse. Os saludo y declino mis títulos. Conde Ferblanc...
—¡Conde! — atajó, crispando los puños, el apodado «Reaños». —¿De los de cepa o es apodo?
—De les de cepa, aunque en pañales de huérfano nací. ¿Pasa algo, «Reaños»? No te he llamado aún perro sarnoso, porque aquí todos lo somos, y al que le pique que se rasque, que yo lo estoy haciendo ya.
Y el Pirata Negro empezó a arañar su costado.
—En el patio hablaremos tú y yo —prometió «Reaños»—, que a mí me revientan los condes.
—No le busques las pulgas—intervino uno que estaba sentado—. El hasta ahora no te las buscó.
—¡Tiente pujos que no me petan! —gritó «Reaños». —Ha entrado aquí como si esta fuera su casa.
—¿No lo un nuestra? ¿O la tienes comprada para ti solo?—sonrió el Pirata Negro.
—Aquí mando yo—dijo engoladamente «Reaños».
—Ni tú tienes aquí cabilla de contramaestre, ni yo título ni mando. Pero si te molesta verme, dímelo.
—¡Me molesta! ¿Pasa algo?—retó «Reaños», en postura clásicamente de matón acostumbrado a imponerse.
—Pasa que también tú me das fatiga.
Unos contra otros, hacinados, en los jaulones no podían pelearse los que sentían deseos de acometerse, no sólo porque los miembros de los demás lo impedían, sino porque era severamente castigado, el que entre los barrotes atacara a otro, o lo provocase demasiado abiertamente.
Sonó contra los hierros el restallar de un látigo. El guardián don Gabriel gruñó:
—¿Qué pasa en el cotarro?
Guardaron todos silencio.
—Habla, cabo—exigió don Gabriel.
—Yo no vi ni oí nada, don Gabriel. Estaba despiojando mi paja.
—¿Eres tú, «Reaños», el que hablaba?
—¿Yo, señor? —y puso el matón cara de inocente. —No, señor.
—Oí tu voz, nuevo. Acabas de llegar y hablas mucho, me parece.
—Les daba noticias de la tierra libre y del mar, don Gabriel, —replicó amablemente el Pirata Negro.
—¿No te estaban provocando?
—¿A mí, señor? —y puso también Lezama cara de virtuoso ultrajado. —No, señor.

Don Gabriel, sin añadir palabra, regresó a su silla, donde con una astilla de finas puntas procedió a limpiarse las uñas, y después los dientes.
«Reaños» en voz baja, murmuró:
—Si crees que por sentirte callado y no soplar, vamos a hacer migas, te equivocas. Desde que te eché el ojo encima me diste mala escama. Tú eres de los que mandan...
—¿Y tú no, angelito?
—Pero... bueno, en cada jaula hay un «mandarrias», y éste soy yo. ¿Te vas enterando, tunantuelo?
—Me lo contarás en el patio.
—¿Cómo te atraparon?—interrogó uno de los Sentados.
—De sorpresa. Veréis como fue. Yo estaba tranquilito, tomando el sol en una isla paradisíaca, cuando me llegó un bordado floreado de jazmines, con una invitación del Juez Supremo del Puerto de Colombia, para que pasara a visitarle. Fui y me encontré con un Almirante, muy simpático y campechano, que me propuso algo magnífico. Y por eso estoy aquí. Claro, que tuve que convencer al Almirante para que me dejase venir. Me decía: «No seas terco, muchacho. Aquí comerás pollo a todo pasto. Pero en fin, ya que persistes en ir a Riohacha, al menos ten cuidado con las corrientes de aire, abrígate bien, y no salgas a pasear cuando llueva». Le daba pena de separarse de mí, y como despedida me dijo: «Conde pirata: sé quo llegado el momento eres tú más bestia que una manada de elefantes locos, pero vas a un infierno. No lo olvides». Tuve que tranquilizarlo. Le aseguré que en peores me había visto. Me dio una palmada, era su primer gesto confianzudo, y me citó para dentro de tres semanas o un mes en su fragata.
Algunos sonreían a medida que oían. Al cesar de hablar, fue Torcaz el primero que cogiéndose el vientre rió sin mucho alborozo.
—¡Valiente embustero! — comentó. —Pero tiene desparpajo. ¡Mira que decir que le invitó el Juez y el Almirante!
—Claro que le invitaron —rezongó «Reaños». —Pero fue para que el «cajón» le lleve a España, donde le ahorcarán... si antes no le pateo yo los hígados y le obligo a besarme los pies.
—Cuidado, «Reaños». Estás prometiendo cosas, y luego tendrás que cumplirlas. ¿De veras, muy de veras quieres pelear conmigo?
—Escucha mi caso, y ve dándote cuenta de quién soy yo —dijo orgullosamente «Reaños». —Me llamó la atención el oficial que era gentilhombre de no sé qué tierra, porque yo, dando látigo a un rebelde, le había desollado la nuca. No le debió gustar mi mirada: el caso es que me llamó «Perro sarnoso». Por la noche le esperé en el recodó de las piezas de popa. Cuando pasó, le tumbé de un canillazo en el lomo, y le fui dando de puntapiés hasta que «espichó». No era él primero que veía yo «palmar»... Y si peleo contigo, muy poco vas a estar aquí. Te sacarán pies por delante por el rastrillo. Estás tú muy orgulloso de tus músculos. ¿No ves los míos, cegato?
Y aunque con dificultad, logró el llamado «Reaños», alzar los dos brazos por encima

de la cabeza de otros presos. Hinchó los bíceps, que en impresionante masa abultaron en bola dura del tamaño de una cabeza humana.

—Soy el más fuerte del Grupo del Mar para que te enteres. Los que mandan en las otras jaulas me tienen miedo. Conque... te patearé los riñones, y me besarás las manos después.

—Protesto —dijo sonriente el Pirata Negro.

—¿Te rajas, y pides paz?—gruñó «Reaños», satisfecho.

—Protesto, porque antes me prometiste patearme los hígados y darme tus quesos para besar, y ahora hablas de riñones y zarpas. Eso no es tener palabra. Tengamos más seriedad o de lo contrario no juego.

—¿Te haces el gracioso? Es modo de encubrir el miedo.

—Temblando estoy, pero ya me calentaré al sol del patio. Por el momento, «Reaños», cierra la cloaca que vuelve a acercarse el cancerbero...

Cada guardián de grupo, uno tras otro, fue lanzando toques estridentes con el silbato que del cuello les colgaba.

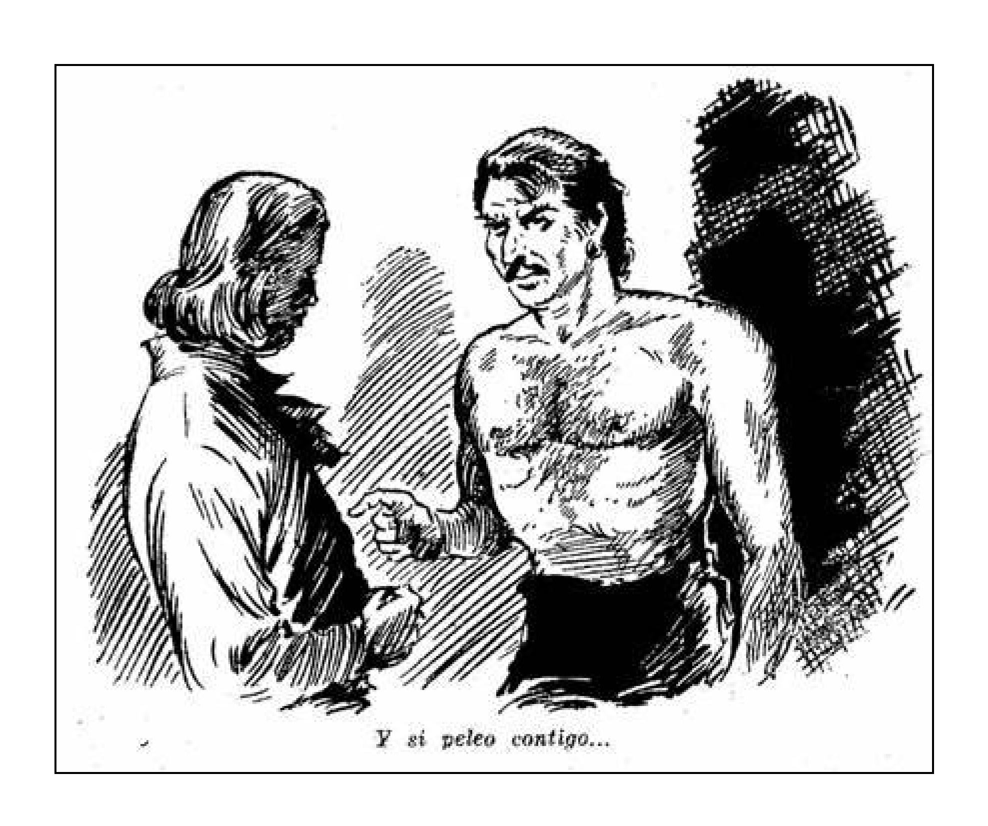
En el amplio subterráneo, un repentino silencio substituyó a la cacofonía de gritos y voces con que los reclusos interpelábanse entre sí o de salida a celda.

Al cesar los toques de silbato, cada cabo del jaulón, fue gritando:

—¡En pie! ¡Recuento! ¡En pie!

Los que no hallaban hacinados, en cuclillas o medio tendidos, fueron poniéndose en pie.

—¡Atrás, tú! —apremió el cabo Torcaz tocando en la espalda al Pirata. Negro. —Por estaturas.



Y si peleo contigo...

Formáronse en el jaulón cuatro hileras de cinco hombres amazacotados hombro contra hombro. Por el ancho subterráneo en forma de «T», y por entre las celdas, iban desfilando los respectivos guardianes, efectuando en voz alta la operación de ir contando los forzados inquilinos de los jaulones.

Cada hilera de presos, a medida que el guardián iba cantando los números, efectuaba diferente movimiento: los cinco primeros sentábanse en el suelo, con dificultad; con la misma laboriosidad, arrodillábanse los de la segunda hilera; luego se agachaban los de la tercera, y quedaban solamente en pie los cinco últimos.

Oíanse tan sólo el desgranar de las cuentas de los vigilantes. Cesaron estas. Volvieron todos a ponerse en pie, en silencio. Poco después, sonaban con estridencia los silbatos, e inmediatamente que se apagaron sus reos, elevóse de nuevo un galimatías de chillidos e imprecaciones...

—¡No falta ninguno! ¡Pasmo y asombro!

—¿Quién se escapa de estas pocilgas?

—¡Cementerio de la esperanza!

Hombro contra hombro, incrustado entre el apodado «Reaños» y el Pirata Negro, el cabo Torcaz gruñó:

—Por ser los más altos y los más fuertes, tenemos que dar ejemplo de cachaza, y no ser matasietes, «Reaños».

—¿Defiendes al novato, «Clarahuevo»? ¿Eres gallina clueca amparando un polluelo?

Los otros, no prestaban atención, porque dedicábanse a hostigar a dos esperpentos, que con la mandíbula caída y los ojos extraviados, intercambiaban insultos originales gritando en forma incoherente y desaforada.

—¡Dejad en paz a los flojos de sesera! —gritó Torcaz..—No les azucéis que ya bastante tienen con ser idos de cerebro. O a lo mejor, más felices son.

Mientras hablaba, seguía actuando a modo de barrera con su mole, entre las dos musculaturas de sus vecinos.

—En cuanto a ti, «Reaños», creo que esta vez de nada te van a valer tus marrullerías y tretas, porque entiendo de camorras, y te has propuesto roer un hueso que se te va a atragantar. Y más diré: tratas de asustar al novato, porque velas por tu fama de gallo invencible, y te...

—¡Al infierno con los dos!—rugió-«Reaños» ladeándose y volviendo la espalda. —Ya en el patio dirimiremos quién es el hueso.

A fuerza de codos, abrióse paso el Pirata Negro hasta regresar junto a los barrotes, contra los que se reclinó.

Junto a él, los otros reclusos trataban de pasar el tiempo. Algunos evocaban antiguas hazañas. Cuando uno de ellos hablaba, todos los demás escuchaban.

Existía una cierta vanidad en narrar los hechos que allí les habían conducido. Carlos Lezama escuchaba también. Aquello le permitía ir conociendo a los que, seleccionados,

habían de constituir la Legión del Mar.

—...y muchos de vosotros la conoceréis. Era la más linda peruana de Purificación — estaba explicando un muchacho que contaría escasamente veinte años. —Sus trenzas eran gruesas y de flexible largura. Por juego las colocaba alrededor del cuello del hombre al cual elegía como enamorado. Servía bebidas en el hostal del puerto bajo de Purificación. Mi capitán estaba que bebía los vientos por ella, pero Abancay no le hacía caso, porque me amaba. Y el perro del capitán me llamó para hacerme meter en el cepo, y después ordenar quo me dieran tanda de latigazos. Me escapé cuando pude, y volví junto a Abancay. Una noche la encontraron muerta: había sido estrangulada con sus propias trenzas, anudadas alrededor de su hermoso cuello. Y me acusaron a mí... A mí, que no podía respirar otro aire que el que ella respiraba. Llevé la azarosa vida del huido, hasta que me di de manos a boca con el capitán, cuya singladura seguía yo. Le cogí por el gañote, y le hice cantar de plano que había sido él quién mató a la peruana, despechado porque ella le desdeñaba. Pero estábamos solos, cuando cantó su crimen, y yo, que no pensaba matarle sino llevarle a rastreras hasta el primer puesto de soldados, no me di cuenta que encolerizado contra aquel malvado, mis manos habían apretado demasiado fuerte. Y ved cuán imbécil fui que lo que llevé a rastreras hasta el puesto de los soldados, fue un cadáver...

Rió amargamente el joven, para terminar su relato.

—Y me colgaron dos muertos. Mo llevarán a España, y allí el Tribunal de Mar, me sentenciará a muerte. Bien está pues que todos me llaméis «Mala suerte», porque es apodo que me cuadra.

Otro se vanaglorió de que al menos él estaba allí no por mala suerte, si no porque creyó estar a cubierto de toda sospecha. Y relató una serie de crímenes espeluznantes pidiendo la aprobación de los oyentes.

Transcurrió así el tiempo, hasta que el guardián abrió la puerta de la celda al cabo Torcaz, quien poco después alineaba ante los barrotes veinte escudillas donde fue vertiendo el pastoso alimento que sacaba con un cazo de un perol...

En los barrotes, como simios ansiosos, se apiñaban los presos, tendiendo los brazos ávidamente. El cabo Torcaz iba entregando los platos líenos. Masticaba con ruido y lentamente para hacer durar más tiempo el condumio..

Alguien rozó en el hombro al Pirata Negro. Era el joven apodado «Malasuerte».

—Te acostumbrarás a la pitanza, conde. Al principio no gusta al paladar, pero nutre. Aunque si tienes peculio, puedes comer mejor del economato. Hay higos secos, tasajo, queso —y a medida que enunciaba brillaban los ojos del joven marino.— Oye, conde, si no has de comer el caldo, ¿me lo das?

—Toma. Hoy no tengo apetito. Las emociones, ¿sabes? No estoy acostumbrado a ellas.

El joven marino cogió la escudilla del Pirata Negro con ansiosa avidez, mirando en su rededor, como fiera dispuesta a defender su presa.

Masticó lentamente, y, cuando hubo terminado, secóse la boca con el dorso de la mano, y al igual que los demás, lanzó al suelo fuera de la jaula, las escudillas, que Torcaz iba recogiendo.

—Déjame que te dé un aviso, conde.

—Tú dirás.

—Vete con tiento con «Reaños>. Tú eres fuerte como un toro, pero si intentas luchar noblemente, «Reaños» te hará trizas. Dentro de poco saldremos al patio, y los de esta jaula formaremos el corro. Es una costumbre, ¿sabes? La pelea tiene que ventilarse en el centro del espacio que todos nosotros formaremos codo a codo a vuestro alrededor.

—Al igual hacen en las tabernas.

—Vete con tiento. He visto pelear dos veces a «Reaños». A uno le dio muerte, y era un hércules forjador. Pelea con mala sangre. Hinca los dedos en los ojos para hacerlos saltar... Muerde en la garganta... Es una fiera...

—No. No es una fiera. Es una alimaña... Pero no comprendes por qué hago yo esta diferencia. De todos modos, gracias por el aviso.

—Oye, que no es por la pitanza, ¿eh? Te he advertido, porque tienes traza de luchador leal, y me gustó la forma en que le plantaste cara a este matón, que nos tiene a todo» aterrorizados. Hazme caso, no intentes luchar como hombre noble...

Un repentino toque de silbatos interrumpió al joven marino. Los cabos fueros abriendo las puertas y todos los guardianes, en posición de disparar los mosquetes fueron posicionándose como sabían por las escaleras hacia el patio.

En la ancha explanada, a medida que entraban en ella, todos pestañeaban, cegados momentáneamente por la luz del sol que reverberaba en el suelo.

Entraban en el patio alineados por pelotones de tres en línea.

Al sonar los silbatos, quebróse el silencio y se disgregó la formación. Torcaz, hizo una señal, y los de su grupo formaron círculo.

Otros al ver la maniobra, acudieron prestos para no perderse el espectáculo.

—¡Pelea, compadres! — aulló uno a modo de aviso.

—¡Es «Reaños»! ¡Lo va a triturar!

—¡Es el que me escupió en la mano! «Reaños» me quitará el desquite.

El «terror de Riohacha», separado tres pasos del Pirata Negro, alzó los brazos, hinchando el poderoso torso.

—Os lo brindo, mequetrefe — dijo jactancioso—. Pero a ese, no lo voy a escabechar. A ese lo voy a despachar... ¿Te enteras, conde? Te voy a despanzurrar...

—Ya será menos — replicó el Pimía Negro.

Sabía que toda aquella palabrería pueril, de amenazas, era necesaria. Los espectadores no apreciaban al luchador silencioso. Preferían al que demostrase con palabras ser un «camorrista» veterano.

—Hoy has entrado, y hoy saldrás, en la caja de madera, para que te echen al río quo es el cementerio de Riohacha. ¿Te vas enterando? —y a medida que hablaba, «Reaños»

iba describiendo un cauteloso semicírculo, andando lateralmente por el interior de la muralla humana.

—¿Cuántos años tienes, meses y días «Reaños»? — inquirió el Pirata, Negro, dando también pasos de lado. No menospreciaba la potencialidad vigorosa y marrullera del avezado a aquella lucha de cuerpo a cuerpo sin más armas que las manos.

—Cuarenta y tres años tengo, conde. Los cumplí anteayer.

—Pues mueres con buena edad. Cuarenta y tres años, dos días, y doce horas con minutos.

—¡Zúmbale, «Reaños»! — gritó uno, adulador.

—¡Muerde y escarba, conde! — rugió Torcaz, anhelante.

—¡Aplástale, «Reaños»!' ¡Sus y a él!

—Dejadle que respire un poco más —dijo «Reaños», fingiendo mirar hacia atrás.

De pronto, distendióse y, en rudo abrazo, pretendió rodear la cintura del Pirata Negro. Abrazó el vacío, y saltando hacia atrás, quedóse con los brazos colgantes, repentinamente alerta.

La prodigiosa agilidad con que habíase zafado el Pirata Negro, no golpeándole siquiera, le extrañó. Si no había aprovechado aquella ventaja sería porque se consideraba superior...

Con un bramido de furor, y a la vez destinado a impresionar a su adversario, abalanzóse manoteando y propinando puntapiés...

En lo alto de la muralla circundante de bloques de piedra, los guardianes contemplaban con indiferencia la iniciación del combate.

Deducían tan sólo que dada la corpulencia y musculatura de los dos rivales, pronto habría un estorbo y una boca menos en Riohacha y en el mundo civilizado.

Aullaron los presos con indescriptible frenesí, cuando vieron la estatuaria figura de los dos colosos abrazados y apoyándose mutuamente la barbilla en el pecho contrario, intentando forzar hacia atrás la cintura enemiga.

Ambos llevaban pugnando unos instantes. Poco a poco, con gemido de dolor, «Reaños» inclinóse hacia atrás. Era la primera vez que le fallaba aquel recurso que le permitía dominar siempre al contrincante.

Soltó las manos, lanzándolas hacia delante con los dedos abiertos, en dirección a. los ojos de su rival.

El Pirata Negro echó hacia atrás el rostro, levantó una rodilla, abrió los brazos, y en el suelo sonó el choque de las recias espaldas de «Reaños», que presuroso, pues al dolor que sentía en la entrepierna, púsose en pie de un salto, bufando y blasfemando.

—Prueba otra, «Reaños», quo ésta me la sé ya — dijo, riendo, el Pirata Negro—. ¿No vos allá arriba? Los guardianes están ya tomándote las medidas para la caja. Pero les ahorraré madera, porque te recogerán arrugado y retorcido.

Rondó «Reaños» unos instantes en silencio, avanzadas las zarpas... Los espectadores gritaban enardecidos... Algunos jaleaban al nuevo luchador, que no sólo había logrado

salvarse del abrazo, sino que con diestra seguridad había lanzado al suelo al invencible matón.

—Pirata... — mascullό rencoroso el asesino—. Te voy a enseñar una cosa que no conoces... ¡Toma!

Y apenas acabó de hablar, pareció caerse al suelo, desde donde, entrelazando las piernas alrededor de los tobillos del Pirata Negro, forzó para derribarlo.

Tambaleóse el Pirata Negro, y lanzando un grito de triunfo, abalanzóse «Reaños» con los dos puños en alto, sobre la nuca inclinada.

Pero sus puños rebotaron en la espalda de Lezama, cuya cabeza chocó fuertemente contra el estómago del agresor; éste, cortada la respiración, abrió la boca para respirar aire.

Y lo que siguió fue escalofriante, aun para los mismos reclusos avezados a sangrientos espectáculos.

Pareció como si una fuerza sobrenatural, desatada, hinchara todos los músculos del pirata, quien, cogiendo a su adversario por la entrepierna y el cuello, lo zarandeó, dióle vuelta y le hizo caer al suelo.

Dio luego un salto, poniendo los dos pies encima del rostro del caído, y sentado sobre su estómago, con codos y puños martilleó el Pirata Negro sucesivamente el cuello y el pecho de «Reaños».

Todo movimiento había cesado en «Reaños». Sin embargo, fueron muchas las veces en que el Pirata Negro, levantándolo del suelo, lo aseguraba con la mano izquierda, mientras su puño derecho asestaba con tundente puñetazo contra el que de nuevo caía al suelo como saco vaciado.

Un silencio impresionante reinaba entre los espectadores. El Pirata Negro, colocando su pie derecho encima del pecho del vencido, gritó burlón: «¡El Rey ha muerto! ¡Viva el Rey!».

Entonces, todos, lanzando carcajadas, replicaron a la fórmula en uso para señalar en las cortes el fallecimiento del monarca y el ascenso a trono de su heredero:

—¡Viva!

Apartóse el Pirata Negro. Sabía que para todos los demás, era ya una «autoridad».

Torcaz y el joven marino se le acercaron.

—¡Carape! — rezongó el calvo—. Lo has enviado a mejor mundo.

—Era alimaña, y entre fieras no tenía cabida. El aliento de la víbora emponzoña la pestilencia de los cubiles de los leones.

—Tú... tú has peleado mucho, conde — dijo con cierta ingenuidad «Malasuerte» mirando admirado los sudorosos músculos del Pirata Negro.

—Está más muerto que Carlomagno — comentó uno, acercándose...

—¡Anda a por él! — azuzaban algunos al que habíase jactado de que «Reaños» habíale privado el desquite.

Pero el aludido, escurrióse por entre otros. De nuevo sonaron los silbatos y

extrañados todos los reclusos, formaron en pelotones.

En lo alto de la muralla, un guardián gritó:

—¡Oído el cabo del Grupo de Mar! ¡Oído el cabo del grupo de la pelea! ¡Conduzca al pirata llamado Ferblanc al despacho del jefe!

Destacóse Torcaz tocando en el hombro al Pirata Negro, y ambos echaron a andar entre los grupos de hombres erguidos y silenciosos, hasta alcanzar la gran puerta distante. Ésta se abrió y pasaron rápidamente al interior.

—Mal asunto — murmuró Torcaz hablando con la boca torcida—. Si te llama el «capitoste», será por lo de «Reaños». Aquí las noticias vuelan y algún guardián ha debido decirle que has liquidado a «Reaños».

Dos guardianes avanzaron y Torcaz se detuvo. Colocáronse cada uno a cada lado del Pirata Negro, conduciéndole ante otro rastrillo.

Se detuvieron después de cruzar dos rastrillos, ante una puerta abierta que mostraba un confortable mobiliario.

Tras la mesa, un hombre vestido militarmente, estaba sentado. Tenía un rostro enérgico.

—Este es el pirata apodado conde Ferblanc, señor — dijo uno de los guardianes.

—¿Conque tú eres el que acaba de pelear con «Reaños»? Matoneando y dando muerte para no perder la mano, ¿eh? Voy yo a darte lección. Salid, señores. Dejadme a solas con este rebelde, que le sentaré yo las costillas a pistoletazos, si es preciso.

Y con el cañón de la pistola que acababa de desenfundar, señaló el jefe de la prisión la puerta.

Ambos guardianes salieron, cerrando tras ellos la puerta.

Y apenas quedaron solos, el jefe de la prisión dijo:

—Tomad asiento, conde Ferblanc. Vos y yo tenemos que hablar.

CAPITULO SEXTO

CABO DE CABOS

Carlos Lezama arqueó las cejas, pero no hizo otra demostración de que se hubiera sorprendido por el brusco cambio de actitud del jefe de la prisión.

Éste, volvió a enfundar su pistola. Consultó unos papeles que ante sí tenía-

—Estos pliegos, que venían lacrados, fueron traídos por los soldados que aquí os condujeron, conde Ferblanc. En carta privada, su Excelencia, el señor Almirante don Juan Diéguez, me comunica vuestra intención, que es también 1a suya. Personalmente, admiro el proyecto, pero tengo la certidumbre de que no serán las bajas de los enemigos las que clareen las filas de la tripulación que aquí reclutéis. Vos mismo tendréis que ir eliminándolos, uno tras otro. Llevan ya el demonio de la rebelión y el crimen en la sangre. Pero en fin, no es asunto que me incumba. Sólo vos y yo, dejando aparte la respetabilísima autoridad del señor Almirante, sabemos quién sois y a qué habéis venido.

—Si mis actuales compañeros se dieran cuenta de cuál es mi misión, fracasaría. Porque entonces no se mostrarían tal como son, y más difícil me sería hacer la selección.

—Instruidme, señor conde. Fuisteis pirata...

—Lo sigo siendo, pese a todo. Seguid.

—Bien, fuisteis y sois pirata. ¿Creéis poder encauzar a esta turba de maleantes?

—Con las medidas precisas, creo que sí. Son carne de patíbulo. Les daré la posibilidad de regenerarse.

—Para el buen éxito de vuestra misión, al menos en su principio, no os puedo dar trato de favor.

—No lo quiero, porque ellos desconfiarían.

—Pero acabáis de afianzar un puntal. Tengo muchos oídos, conde Ferblanc. Parece que habéis vencido en dura lid al llamado «Reaños», que era el terror de todas esas fieras. No ignoráis que para, todos ellos, la exhibición de implacable fuerza es una buena lección.

—Aparte de que el tal «Reaños» era una alimaña, y como a tal me he complacido en pisotearle, no dudo que ahora tengo formada una corte de adulones, que vendrán a contarme sus vidas, dándoselas de valentones. Por tanto, iré conociendo el ganado.

—He pensado, que, nombraros cabo de varas, os facilitará la misión.

—¿Qué queréis decir?

—Seréis responsable de la galería de castigados, y a la vez, junto con el cabo mayor, os encargaréis de la vigilancia de los restantes cabos.

—¿Cabo de cabos? — apuntó el Pirata Negro, sonriendo.

—Sí. Para los demás reclusos, aparecerá natural que el vencedor de «Reaños», y antiguo jefe pirata, sea nombrado para este cargo, que os permitirá conocer a fondo a cuantos hay presos en Riohacha.

—Ya que tan amable estáis, señor, ¿podéis darme lista completa de las filiaciones de cada preso?

—Iba a entregárosla. Era algo quo también me pedía el señor Almirante. Por lo visto, está deseoso de que terminéis cuanto antes vuestra misión.

—Cuando conozca a vuestros inquilinos, no me disgustaría echarles unas parrafadas, que a lo mejor a los guardianes de la muralla, les suenan a gritos de rebeldía e incitaciones al motín. ¿Me cortarán ellos a disparos el hilo del discurso?

—En el patio todo está permitido, mientras no sea intentar agredir a un guardián. Podéis dar muerte a quien se os antoje, y proclamar vuestras reales o fingidas rebeldías. Yo he acatado siempre la máxima autoridad y buen juicio del señor Almirante, y él me ha escrito diciendo que vos sois el hombre que él precisaba. Por tanto, reservándome mi propio criterio, no pongo en tela de juicio la buena opinión que de vos tiene el Almirante.don Juan Diéguez. El día que consideréis suficiente vuestro estudio del material humano, pedid por mediación de un guardián entrevista conmigo. Tenéis, según me ha ordenado el Juez Supremo de Puerto Colombia, un caballo a vuestra disposición, puertas afuera. Y vuestras ropas de caballero, al igual que las armas. ¿Necesitáis algo en que os pueda ser útil?

—Gracias, señor. Nada en absoluto.

Y al repicar el jefe una campanilla, entraron los dos guardianes. El preso ya se había puesto en pie.

—He nombrado al recluso conde Ferblanc, cabo de varas. Conducidle al patio.

Y cuando hubo salido el Pirata Negro, el jefe de Riohacha, comentó a media voz:

—Ruda mezcla la de un pirata en confraternidad con el Almirante «Lúgubre». Mucha sangre enrojecerá el Caribe.

* * *

El cabo Torcaz volvió a ladear la boca:

—¿Hubo galerna, pirata?

—¡Qué va! El jefe me invitó a sentarme, y me trató de vos.

—¡Carape! No empieces con tul graciosos embustes, que estamos solos. ¿Qué te dijo? ¿Fue gruesa la bronca?

—Me dijo que me daría lista de todos cuantos estáis aquí, para que pudiera yo saber cuáles son las alimañas y cuáles las fieras. A ti y a «Malasuerte» os tengo ya echados el

ojo.

—Estás como un cencerro. ¿No puedes nunca hablar en serio? Llevo solo unas horas olfateándote, y me hueles a muy guasón.

Callóse e1 cabo al llegar ante el último rastrillo.

Los dos guardianes que les precedían, hiciéronse a un lado. Uno de ellos, con el mango de su látigo tocó en el hombro a Torcaz.

—Comunica al guardián de turno en la galería de castigados, que este pirata queda nombrado cabo de varas.

—Bien, don Amaro —replicó disciplinadamente el cabo Torcaz.

Pero cuando estuvieron ya en el patio, gruñó Torcaz:

—¡Carape! Te salió bien la riña. Claro, el jefe, te ha visto tritón de pelea, y te ha elegido para el cargo. Bueno, lo celebro. De ahora en adelante me mandas, y no me sabe mal. Oye, conde, ¿sabes que me parece que tú tienes algo de mandón?

—¿Tú crees?

—Entiéndeme. Hay hombres que en su forma de hablar, de moverse, de mirar, tienen un no sé qué... ¿tú mandabas nave pirata?

—Y seguiré mandándola.

—¡Ojalá! — y apartóse Torcaz del centro del patio para buscar una esquina solitaria —. Oye, pirata si piensas intentar una fuga, te aviso que desconfíes. Hay mucho chivato por aquí,

—Y ti les tienes un odio mortal.

—Al que cuenta mentiras, o revela hombradas, si. Escucha: si piensas fugarte, avísame. Pero no aquí dentro. De aquí, como no te salgan alas, no te vas. En cambio cuando nos metan en galera o nos metan en la caja grande que a España nos lleve, entonces... pues cuenta conmigo. ¿Que nos abren en canal? Mejor que sea así, a que nos cuelguen en tierra.

—Escúchame tú ahora a mí, Torcaz. Tú serás cabo de varas en buque que yo mandaré. Podrás andar libre de cadenas. La ley no te perseguirá. Serás perdonado, mientras luches como bravo...

—¿Ya empiezas con tus delirios, pirata? En fin, no sé por qué

me parece que si te lo propones, eres capaz de «tomar el pendil» hasta... hasta de esta cárcel. Pero vete con liento, no fíes ni de tu sombra.

—¿De ti, sí?

—Si tienes pupila, verás que yo no soy de los que soplan. Ahora que eres cabo de varas, podremos charlar a solas muchas veces. Yo puedo contarte los «casos» todos. Los hay buenazos, como el «Malasuerte», y muchos otros mataron por amor y muy derecho.

—El derecho a matar es un derecho muy nuestro, ¿Verdad?

—|Y que lo digas! —exclamó sinceramente Torcaz—. Y aunque te creo hombre de mucha experiencia, no vendrá de más que te diga que no te fíes de las apariencias. ¡Tú!

—gritó apartando de un manotazo a uno que se acercaba deslizándose—. Largo de aquí, chivato asqueroso... Estoy hablando con un amigo, y no quiero orejas a mi alrededor... Anda, vete a decirle a don Gabriel, que te he llamado chivato.

Alejóse presuroso el espía, y Torcaz señaló a uno que paseaba solitario:

—¿Ves aquel mozalbete? Tiene cara buena, ¿verdad?

—Se le daría la comunión sin confesión, tal como parece un angelote. ¿Qué hizo? ¿Mató a un niño de pecho, y lo comió asado?

—Ah, ah... Tienes pupila. No te dejas engañar por el aspecto. Nadie quiere hablar con ese mozo, porque... mató a su mujer para heredarla, y la descuartizó, ocultándola en carreta de estiércol, con la que abonó su campo. Nadie le habla... y yo estoy esperando una ocasión.

—¿Para qué?

—Haré chocar su cabeza contra una piedra en cuanto pueda, y luego dirán los demás que a lo mejor se suicidó. ¿Te das cuenta? —y Torcaz rió satisfecho.

—Aprobado, «Peludo». Tú serás el número uno de los enrolados, en la flota que sembrará el castigo y el terror por el Caribe. Una flota de seis fragatas, con mi velero al frente...

—¿Ya estás soñando grandezas? En fin... ¡a lo mejor lo consigues! Tienes madera de jefazo. ¿Ves aquel mal encarado? ¿Aquel de la cara acuchillada que le daría un susto al miedo?

—¿Robó gallinas?

—Casi, casi. Parece un verdugo acechando, y lo único que hizo fue matar en duelo a un hombre. Sí, pero es que era su contramaestre, y lo mató en cubierta, sin esperar a bajar a tierra.

Y Torcaz iba explicando los «casos». Por espacio de tres semanas, el Pirata Negro fue estudiando a uno tras otro de los presos.

Eh la galería cuya vigilancia le estaba encomendada, entraba lo peor de la cárcel. Matones, epilépticos pendencieros, ladrones de la comida de los demás, tarados con aberraciones, y los abundantes de la «cofradía de los piojosos».

Carlos Lezama vivió durante tres semanas una alucinante pesadilla, y al término de ellas, cuando en el patio formábanse los grupos acostumbrados, sonaron unos estridentes silbidos, que no tenían parecido con los habituales de los guardianes.

Fueron todos mirando al lugar donde se apiñaban ya muchos presos.

El Pirata Negro tras silbar, llamó por sus nombres a cuatro presos:

—Necesito un pedestal. Quiero echar un discurso, y vosotros cuatro, por adulones, cobardes y chivatos, me vais a servir de tarima. Os advierto que si tambaleáis, os sacudiré. ¡Presto! Arrodillaos, y que suba la torre. Os ayudaré.

Poniendo a dos frente a frente, les obligó a arrodillarse y a que cada uno apoyase las manos en los hombros del otro. Los otros dos subieron a los hombros de los arrodillados, y en la torre humana se encaramó el Pirata Negro.

—Oídme todos, fieras y alimañas. Yo, conde Ferblanc, por mi muy real gana y porque es título que me daréis pronto algunos de los mejores, os quiero hablar. Breve seré, porque frágil es esta torre de cimientos de barro. Más extenso seré cuando pise maderos de buque... En esta mansión lujosa, se dan cita cobardías y valentías, vilezas y generosidades. Pocos sois los que merecéis el título de hombres, porque pocos sois los que os habéis sabido mantener en pie, sin blasfemias ni súplicas ni renuncias. La cárcel es la mejor de las Universidades, porque en ella se conoce al ganado humano. Buenas bestias las hay. He logrado reunir doscientos sesenta hombres de apariencia y hechos, con aspecto de fieras. Todos los demás sois alimañas que no tienen derecho a respirar aires salobres de viriles caricias. Los que os sintáis orgullosos de haber delinquido, porque en vuestro delito no había maldad, sino inconsciencia o privada justicia, confiad en mí. Os prometo que os volveré a hablar y en cubierta de mi velero. Algunos os reís... ¡Buena chanza! Algo puedo anticiparos que también os sonará a chanza. A lo mismos a quienes ofrezca la posibilidad de morir provechosamente, también les brindaré otra clase de muerte. El delito de cobardía, maldad, vileza y traición, tendrá horca a mi bordo. Y serán virtudes, el ser el primero en la pelea, y el ser bestia luchadora. ¡Abur, bestias y alimañas! Ahora voy a ver si el jefe me regala un caballo, porque ya estoy harto de Riohacha...

Saltó desde lo alto el Pirata Negro, y al hacerlo, desde el suelo, empujó la torre humana, que cayó derribada.

—Por el suelo, rastreros, que os avenísteis a ser pisados. ¡Abur!

Abrióse paso entre los sorprendidos reclusos, algunos de los cuales, si bien callaban por temor, reflejaban en sus ojos un odio infrahumano. Alcanzaba ya Lezama la puerta mayor, cuando por el brazo le asió Torcaz, seguido de «Malasuerte».

—¿Estás loco, Ferblanc? ¿Dónde vas?

—¡Eh, señor guardián! —gritó el Pirata Negro, mirando hacia lo alto de la muralla—. Pido audiencia privada con el señor jefe.

Torcaz masculló entre dientes:

—¿Te dio el sol de la rebeldía, conde Ferblanc? Amaina velas, descansa. Verás luego como se te pasa... No vayas a ver al «capitoste». Brillan mucho tus ojos; eres capaz de soltarle alguna andanada y te destripará a pistoletazos.

—Voy a pedirle el caballo que me prometió. Tengo que regresar a Puerto Colombia y entrevistarme con el Almirante Diéguez...

—¿El Almirante «Lúgubre»? ¡Anda! —quejóse apesadumbrado Torcaz, tomando por testigo al también asustado «Malasuerte»—. Le dio la locura de grandezas...

—Nos veremos pronto, «Peludo». Y tú también vendrás a mi bordo, «Malasuerte». Y tendréis nombres de seres humanos. ¡Abur, que me abren la cancela!

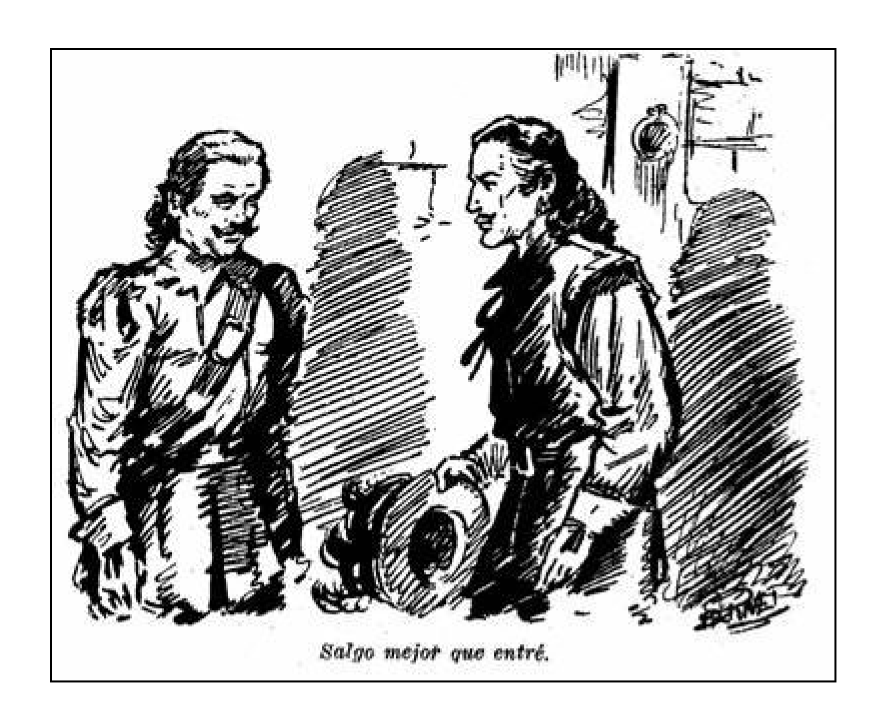
Quedáronse los dos reclusos moviendo la cabeza, contrariados. Y cuando fueron pasando las horas y no regresó el Pirata Negro, el cabo Torcaz tomó por testigo a «Malasuerte».

—Triste cosa es que cuando hace uno conocimiento con un tipo de agallas, que sabe hablar y sabe pelear, tenga que perderlo de vista. Lo que te dije mocito: lo han destripado. Claro, le dio la solana y fue a pedirle un caballo para irse lejos.
—Es una pena. Era todo un hombre. Hubiese... hubiese servido para almirante.

* * *

El jefe de la prisión, al terminar de vestirse Lezama en su despacho, indicó la larga lista, en la que el Pirata Negro había hecho señales con tinta roja, en la soledad de la celda destinada al cabo de varas.
—¿Fue provechosa vuestra estancia entre los muros de Riohacha?
—No puedo quejarme. Salgo mejor que entré.
—¿Cómo es eso?
Ajustóse Lezama el cinto corriendo a un lado el tahalí de la espada.
—¿No habéis leído a veces libros que narran desventuras? Al terminar la lectura, si el autor ha sabido daros impresión de realidad, os sentís más caritativo. Y egoístamente, viéndoos libre de dolores y aflicciones, os sentís dispuesto a bondades.
—Yo he leído en el libro de cuantos por aquí desfilan... y me he ido endureciendo... Aunque a veces sienta cierta pena por toda esa turba de fieras y alimañas, como vos decís
—El arcángel exterminador tenía espada de fuego, señor. Endurecerse, bien, si a la vez se puede tener la bondad de dar muerte o regeneración. Y nunca estuve tan orgulloso como ahora; ¿sabéis por qué?
—Presumo que os sentís agradecido al destino que en persona del Almirante Diéguez, os proporciona la ocasión de acaudillar manada de piratas, sin dejar de ser conde Ferblanc.
—Sois más listo de lo que podía presumirse por la apariencia, señor. No os ofenda esta última chanza de quien os dice adiós.
—Adiós... Y no volváis preso de veras, conde Ferblanc.
—¿Por qué había de volver preso?
Las envidias os acecharán y también las tentaciones. Es mucha la fuerza que os entrega el Almirante Diéguez, y suscitará en los demás, envidias y calumnias, y en vos... quizá soberbia de poderoso.
—Fui rey del Caribe, y nadie tuvo queja de mi soberbia. En cuanto a envidias y calumnias, buen juez tendré en mí mismo, y en el Almirante «Lúgubre». Os quedo muy reconocido, señor. Adiós.
Poco después, un potro blanco alejábase a todo galope, llevando por jinete al que había sido por tres semanas cabo de varas en Riohacha, o iba ahora hacia la difícil

empresa da lograr ser capitán de flota mixta, acaudillando fuerzas como conde de Ferblanc, contra los mismos enemigos que ya exterminaba como Pirata Negro.



Salgo mejor que entré.

CAPÍTULO SÉPTIMO

EL AGUILA ENCADENADA

Los diez comandantes de navío citados por el Almirante Juan Diéguez estaban conversando en la antesala que en el edificio de Puerto Colombia, habilitado como Almirantazgo, conducía al despacho de jefatura.

Eran todos ellos marinos aguerridos, de famosa ejecutoria y renombre bien merecido. Pero aún estimándose mutuamente, formaban dos grupos independientes en cierto modo.

En uno de ellos, intercambiaban noticias los «profesionales», es decir, los que habían ascendido normalmente por antigüedad y leguas de navegación.

En otro, más restringido, conversaban los ascendidos por méritos de guerra.

Aunque en uno y otro grupo el motivo de la conversación era el acostumbrado, percibíase en todos una velada reticencia. Deseaban, y ninguno de ellos iniciaba el debate, saber a qué atenerse respecto a aquella convocatoria, que desde distintos puntos del Caribe donde se hallaban, les había reunido en la antesala del Almirante «Lúgubre».

Y fue el más antiguo de los profesionales, el que atendiendo ruegos de los demás, fue a saludar a los del otro grupo.

Intercambiáronse también banalidades, hasta que el capitán Ignacio Mejías, envarado y flaco marino de cincuenta y seis años, sonrió condescendiente, atacando con diplomacia al más joven de los «advenedizos».

—Vos siempre estáis bien informado, capitán Silvestre. Gracias a ello, lograsteis hundir los dos «quejes» del bucanero Ronaldo.

—No eran dos «quejes», mi capitán. Eran dos goletas —rebatió Andrés Silvestre, cuyos treinta años tenían mucho aplomo y un íntimo orgullo, por ser el más Joven comandante de buque de la escuadra española en las Antillas—. Pero mi fragata lucha siempre con una ventaja.

—La de ser dirigida por una sapiente fuerza juvenil, impetuosa y temeraria —dijo amablemente Mejías.

—Me colmáis de cualidades, mi capitán, pero no era mi intención entonar un canto a mis supuestos méritos. Al decir que lucho con ventaja, quise significar, que mi fragata es la más maniobrera de cuantas han sido bautizadas en astilleros gaditanos.

Por unos instantes hubo una cordial discusión, vanagloriándose cada uno de los, superiores méritos de sus respectivas naves Pero uno de los profesionales tocó levemente en el codo al capitán Ignacio Mejías para recordarle el verdadero motivo por el que habían condescendido a «abordar» al grupo de «jóvenes».

—Como más antiguo, señores —dijo-Mejías— decreto que todas las naves españolas

son cada una de ellas la mejor. Y a propósito, capitán Silvestre: tengo entendido que vos estáis también en el secreto del porqué de esta convocatoria.

—Orzáis a media banda, mi capitán —replicó riendo Silvestre—. Y tenéis fama de atacar siempre de proa. Habéis dicho que yo estoy también en el secreto. Por lo tanto vos habéis a qué hemos venido. ¿Podéis aclarárnoslo? Sois el más antiguo, y calmaréis nuestra curiosidad. Tanto yo como mis compañeros no tenemos la menor idea de a qué hemos venido.

—Si habéis puesto al aire mis piezas, capitán Silvestre, con vuestra habitual claridad impetuosa y temeraria, no me queda más remedio que confesar que yo, al igual que mis colegas, ignoro también la razón por la que se nos ha citado.

Hicieron cábalas, hasta que el ujier, abriendo de par en par las puertas de la sala, anunció que Su Excelencia estaba dispuesto a recibir a los señores capitanes.

Juan Diéguez, en pie, acogió los sucesivos saludos de los que iban entrando, y que tricornio en mano, alineáronse respetuosamente en pie ante la mesa.

El Almirante «Lúgubre» continuó también en pie.

—Señores capitanes: personalmente los he elegido, habida cuenta de las respectivas cualidades que a mi juicio les capacitan para el desempeño de una difícil misión. Hace ya tiempo que entreví la posibilidad de verificar una labor de saneamiento, que limpiara el Caribe de reptiles y alimañas. Tengo atribuciones para formar una escuadra mixta, y brevemente les explicaré la razón por la que he supuesto que sólo una escuadra mixta puede lograr lo que no lograría toda la bravura indiscutible de mis marinos.

Tras este exordio, Juan Diéguez señaló la mesa que le separaba de los visitantes.

—Esta escribanía, estos cueros repujados, y todos estos cortinajes, crean sensación de autoridad. Si fuera una tosca mesa de pino, un cubilete de sucia tinta, y una habitación lóbrega, más difícil sería suponer que quien en ella recibiera pudiera ser almirante. El hábito hace al monje, y también la costumbre es un hábito. Vestís hermosos uniformes, de los que estáis más que orgullosos. En el mar, y nave contra nave, los piratas os temen y rehúyen. Corren a ocultarse, y si pretendéis darles caza por tierra, no lo lográis porque vuestra bizarra apostura y el uniforme quo lleváis, les pone en, huida. Pero no es sólo cuestión de uniforme, sino también de costumbres. Atacar de frente, tambores sonando y estandartes desplegados, es bello espectáculo. Pero para combatir piratas y exterminarlos, deben emplearse sus ardides, conocer a fondo sus artimañas y no verse entorpecidos por nobles escrúpulos. Supongamos que vos, capitán Mejías, efectuáis incursión en poblado pirata. Reuniréis los prisioneros supervivientes, para conducirlos como es vuestro deber al lugar de donde partirán para ser juzgados por tribunales. Es pérdida de tiempo, y no da suficiente escarmiento. Se precisan métodos más sanguinarios, más directos, más piratescos. Por eso he creado una escuadra mixta: seis fragatas mandadas por aquellos de vosotros que acepten tal cometido: la tripulación se compondrá de cierto número de bizarras marinos nuestros y determinada cantidad de sujetos de baja ralea, individuos de rompe y rasga, bestias de

combate, cuya misión será limpiar los reductos piratas, infiltrándose entre ellos, pareciendo ser otros tantos filibusteros, cuando la ocasión así lo pida, y en otras, saqueando y sembrando horcas por su camino, sin atenerse a tribunales. ¿Os mostráis opuesto a esta idea, capitán Silvestre? Hablad sin recelos. Aprecio las sinceridades.

—Excelencia... Una tripulación tal como la que citáis, pediría continuos escarmientos. Soltar fieras es fácil, pero cuando apagado el ardor del combate, deben calmarse los instintos, si el tripulante no es marino disciplinado en dura escuela de obediencia, puede correr la sangre en la propia cubierta de los vencedores. Y no hablo de posibles traiciones, de labores de Caín, de codicias que empañen nuestros pabellones, con el desdoro de que el rumor pregone que más que marinos de España, somos ladrones de mar... Perdonad, Excelencia, mi atrevimiento.

—No os habría elegido si no tuvierais tal atrevimiento, capitán Silvestre.

Sonrieron aliviados los otros capitanes, al ver que el Almirante no rebatía con dureza la argumentación de Andrés Silvestre que era la propia y personal de cada uno de los oyentes,

—Es tal como decís, capitán Silvestre. Pero no olvidéis nunca el aforismo de que la tropa es tal como la hace el jefe. De todos modos, reconozco indecoroso que valientes capitanes manden en presidiarios de Riohacha, ¿no os parece, señores?

El Almirante Diéguez tenía fama de soñador y extravagante, pero también tenía la sólida reputación que nunca había hecho una maniobra en falso.

—A grandes males, grandes remedios, señores capitanes. El Caribe debe ser un mar aventurero, pero no un charco pestilente cuya sola mención, ponga pavor en el ánimo de los navegantes que no sean marinos españoles de guerra. Seis son las fragatas que compondrán la escuadra mixta cuya creación patrocino, y que de mí dependerá. He convocado a diez capitanes, porque no es servicio obligatorio. Será un servicio rudo, pleno de contratiempos, lucha sinuosa en tinieblas muchas veces, sin la gallarda muerte en alta mar, entre fragores de cañones y derrumbar de puentes, mientras los tambores repican su último grito bélico. Será guerra de emboscadas, perfidias incalificables, recelos y puñaladas. Será, en una palabra, una flota pirata destinada a exterminar las alimañas piratas, yéndolas a pisotear en sus propios nidos. Pero por encima de todo, será un mando difícil de desempeñar, porque los que lo acepten tendrán que obedecer las órdenes de un hombre peligroso, duro, educado en una escuela que no conocéis, quisquilloso, perdonavidas y de tormentoso pasado que ha impreso en su carácter un sello de tal índole. Hablo, señores, del que bajo mi directo mando, tomará la jefatura de esta escuadra. Hablo del conde Ferblanc.

Fue patente el esfuerzo de todos los semblantes para intentar recordar el título y el nombre desconocido.

—No lo conocéis, Señores capitanes. Por eso os he convocado aquí, porque dentro de unos instantes os lo presentaré. El conde Ferblanc ha enrolado personalmente a los componentes del cuerpo de ataque, escogiéndolos en la fortaleza de Riohacha, y a él le

haré responsable de los desmanes no tolerados que puedan cometer sus hombres. Al igual como a los seis que mi acepten mando de fragata, los haré responsables de cuanto hagan sus marinos. Ahora, señores, mientras llega el conde Ferblanc, estoy dispuesto a contestar cuantas preguntas quieran hacerme. Vos primero, capitán Mejías por ser el más antiguo, y además porque percibo que estáis deseoso rio aclarar un punto quo os intriga.

—Excelencia: vos demostráis confiar plenamente en el conde Ferblanc para que ocupe tan difícil puesto. ¿Puedo, inquirir respetuosamente quién es el conde Ferblanc y cuál es su carrera? Por el nombre deduzco que es de aristocracia francesa.

—En efecto. Su título es francés. En cuanto a su carrera... él mismo la expondrá, si lo estima conveniente. ¿Deseáis estallar, capitán Silvestre?

Andrés Silvestre parecía realmente a punto de estallar...

—¡Excelencia! ¿No es... no es el conde Ferblanc... el que fue amigo del capitán Liaño, de la Guardia Real?

—Creo que sí.

—Hablé... con el capitán Liaño, excelencia, antes de que partiera hacia Sevilla, y... ¡Ya sé quién es el conde Ferblanc!

—¡El señor conde Ferblanc!— anunció el ujier desde el umbral.

Diez cabezas miraron a la vez hacia atrás...

Carlos Lezama, vestido sobriamente de negro, pero luciendo los aretes de oro en las orejas, avanzó hasta cuadrarse ante el Almirante Diéguez.

—A vuestras órdenes, excelencia. Procedente de Riohacha, tengo el honor de daros parte del cumplimiento de la misión que me encomendasteis.

—Bienvenido, conde Ferblanc. He reunido a los señores capitanes que estimo más aptos para desempeñar el arduo cometido que... Pero quiero romper moldes, al igual como he hecho ya al proponerme conseguir la flota de la Legión del Mar, que vos mandaréis. No os haré una presentación en regla. Ruego y ordeno, que prescindáis en absoluto de mí. No veáis al Almirante y superior en estos instantes que han de ser decisivos. Soy un simple oyente imparcial y callado. Hablad todos con franqueza. Somos hombres de mar, señores. Recios y brutales si el caso llega. Que cada uno hable prescindiendo del acatamiento a mi persona. Creo que estos señores no os conocen, conde Ferblanc. Tan sólo el capitán Andrés Silvestre —el aludido inclinó la cabeza— asegura quo ha oído hablar de vos. Prescindid de mí, señores. Que cada cual hable como si estuviera en privado. Lo ruego y ordeno. Y recordad todos que calibro al caballero por su sinceridad, y tanto más al hombre de mar, acostumbrado a hablar en voz bien alta.

Sentóse Juan Diéguez, y Andrés Silvestre avanzó un paso; Estaba algo pálido, poro su voz fue reposada cuando dijo:

—El capitán Gundemaro Liaño, de la Guardia Real, me habló de vos, conde Ferblanc. Es un gran amigo mío, y cuanto, me dijo, corroborado por su prometida, me

impulsa a deciros que gustosamente serviré a vuestras órdenes.

Carlos Lezama arqueó una ceja, mientras devolvía el saludo del joven capitán.

—Os estoy reconocido, capitán Silvestre, por vuestras palabras. Pero, ¿no creéis algo arriesgado fiaros de las frases de dos enamorados, a los cuales por azar, y sin proponérmelo, les fui agradable? Gran cosa es la lealtad a los amigos, señor, pero que nunca los amigos de vuestros amigos, os parezcan amigos sin antes cercioraros de que no hubo natural extravío en el concepto que a otros mereció el que aun no conocéis. No obstante, si sabéis quien soy, tanto más os agradezco vuestra impetuosa declaración. Honradme con vuestra diestra —y a la vez que estrechábanse las manos, añadió Lezama: —Reconforta la amistosa lealtad juvenil... Tate—dijo de pronto, mirando a uno de los capitanes.

Soltando la mano de Silvestre, se aproximó a un coloso de estatura que rondaba los dos metros. Un hércules de largos cabellos negros, rostro saturnino, y ojos estriados de vetas sanguinolentas, que denotaban un carácter de violencia contenida.

El Pirata Negro hizo un ademán, señalando la ceja, cruzada por una cicatriz, del coloso, que le observaba ceñudo.

—Croo reconoceros, señor capitán. ¿Por casualidad no seríais Lope Holgado, y esta ceja no fuera un trazo de unión entro ambos?

—Os saludo, señor —dijo con brusquedad, Lope Holgado. —Cierto que nos conocemos, y tan seguro es que vos mismo me abristeis esta ceja de un culatazo.

—Buena memoria tenemos ambos, capitán Holgado. ¿Recordáis nuestra especial despedida?

—Os dije, conde Ferblanc, que os deseaba buena suerte y que no me gustaría morir matándoos —replicó con su sempiterna brusquedad el coloso.

—Os dije entonces cuando me reprochasteis mi indómita decisión de no acatar leyes ni disciplinas, que vos erais marino de guerra, y yo no.

Y que cada uno de nosotros a nuestro modo imponíamos órdenes. Vos al son de tambores y clarines, y donde os mandaban. Yo al son de mi capricho y allá donde se me antojaba. Pero entonces era yo aguilucho libre. Hoy soy águila encadenada... Pero con gustosas cadenas, porque concilian mi deseo de libre antojo y ruta, y una disciplina de finalidad. ¿Os doy la diestra, capitán Holgado?

—Sería ofenderme —replicó bruscamente el aludido. —Un abrazo.

Chocaron los dos torsos, y las palmadas que Lope Holgado descargó en las amplias espaldas del Pirata Negro sonaron reciamente.

—Tate... Creedme si os digo que me complace veros — dijo Lezama, separándose del sombrío coloso.

—No me avergüenza reconocer que me siento tan emocionado como el día en que recibí mis galones de contramaestre, y era yo un mozalbete impresionable. Pero no os quiero acaparar. Tiempo tendremos de hablar, conde Ferblanc. Mas... ¡voto a Belcebú!... Espada en mano os pediré cuentas, si no soy yo uno de los elegidos para

mandar fragata a vuestras órdenes.
—Gracias, capitán Holgado. Me satisface contar con vos. Y ahora, permitid que vea si el azar me ha destinado entre los restantes capitanes, algún amigo o enemigo.
Dio media vuelta Lezama, y correspondió al saludo del capitán Ignacio Mejías.
—Ignacio Mejías, conde Ferblanc— presentóse a sí mismo el más antiguo, acercándose—. Antes expresé mi deseo de conoceros, conde Ferblanc. Llevo muchos años navegando y perdonad... pero seguramente dada vuestra ascendencia francesa, no recuerdo vuestro nombre, ni he oído mentar vuestros hechos.
—Dejadme pensar un instante, capitán Mejías — y entornó Lezama los párpados—. ¿No mandabais vos en el año 1699 la goleta «Rescate»?
—Fue mi primer buque de mando, conde. ¿Me conocisteis entonces? Perdonad si mi memoria flaquea, pero... el caso es que en estos instantes, por más que reflexiono, no caigo en el honor de haberos conocido.
—No es que vuestra memoria flaquee. Yo también era entonces un capitán incipiente. Mi velero pasó cerca de vuestra goleta. Vos me saludasteis con una andanada, y yo no presenté combate, porque tenía prisa por acudir a una cita urgente.
—Excusadme, señor conde — dijo engallando la cabeza su interlocutor — pero si como francés mandabais entonces velero galo, era mi obligación abrir fuego.
—No, no... Yo mandaba y sigo mandando en velero español, magníficamente español.
—¿Y enarbolabais pabellón español? Debe tratarse de error, conde, y sin embargo, es extraño... Porque no hubiese yo ordenado fuego contra un velero español.
—Cumplisteis, señor capitán... porque mi velero enarbolaba pabellón pirata.
Ignacio Mejías forzó una sonrisa.
—Me favorecéis con vuestro buen humor, conde Ferblanc.
—No niego quo soy propenso a creerme gracioso, pero se da el caso, que ahora no hay jocosidad en mis palabras, señor capitán. Mi pabellón era un aguilucho cerniéndose...
—¡El Pirata Negro! — enlamó Mejías, dando un paso atrás, y llevándose instintivamente la diestra a la empuñadura de la espada. ¡Vos sois el Pirata Negro! Ahora... sé por qué vuestro rostro me era familiar, y no me lo era vuestro nombre. Pero... ¡no comprendo!
Y el viejo capitán miró hacia atrás, como pidiendo aclaración al Almirante Diéguez. Este había ladeado su sillón, y parecía ajeno a cuanto se hablaba.
—Soy Carlos Lezama, apodado el Pirata Negro — dijo Lezama, sonriente—. No creáis que presumo de mi historial, señores capitanes. Estoy orgullosísimo de ser el Pirata Negro, y si dijera lo contrario mentiría, pero no lo saco a relucir por vanidad de pirata ensoberbecido. Poseo el titule de Ferblanc y lo he adoptado para que no sea dicho que un pirata, por más indultado que esté, tonga la poca elegancia de querer imponer órdenes como tal pirata. Ya dije a mi amigo, el capitán Holgado, que era un águila encadenada. Y con las órdenes de acatar la ley de un superior, el Almirante

«Lúgubre», que según propia declaración está ausente, ha crecido. Sí, señores, de aguilucho pasé a águila porque mi vuelo es mayor, ya que tendré el privilegio de mandar en españoles, y como español se lo difícil y honroso que es esto cargo.

Rió con breve carcajada burlona.

—Tengo muchos humos en la sesera como conde Ferblanc, y muchas ínfulas de endiosado como Pirata Negro. Mala mezcla que haré buena, al igual que de la mezcla de bestias deseosas de regeneración y marinos disciplinados, surcará el Caribe una flota que llevará por doquier el pabellón español como sinónimo de ex-terminador de alimañas. Hallará la flota en su camino aventureros que me recordarán lo que fui y soy... Y no abriré fuego contra ellos, porque el granuja valiente y noble, me merece todos mis respetos. En cambio odio ni hipócrita solapado. Por eso odiaría al de vosotros, que creyéndose acatar una orden del Almirante «Lúgubre» se resignara a aceptar mi mandato. No quiero resignados. Quiero voluntarios... Y por eso mismo después de deciros quien soy yo abandonaré por una hora este despacho, para que quedéis en él esperándome, y decidiendo si soy o no merecedor de mandar la flotilla española; tened en cuenta que la llamo flotilla porque se compondrá de seis fragatas y un velero. Pero será flota gigante, por la amplitud de la ruta y la reciedumbre de su cometido.

Hizo una pausa, para cruzarse de brazos y mirar uno a uno a los que le escuchaban.

—Muy importante y decisivo debe ser para mí este momento, señores, cuando no vacilo en hablar como en otra ocasión ya muy lejana lo hice ante quien fue la única persona en el mundo que me mereció rendido acatamiento. Era mujer delicada, nacida en Sevilla... Yo era entonces un pirata perseguido. No disfrutaba como hoy de indulto real. Era una mujer que había sufrido mucho... Ante ella me jacté de que no era un pirata común. Le expliqué que por fortuitas circunstancias del destino dejé de ser profesor de esgrima para lanzarme al mar. Sobre las olas, le dijo, quien quiere hacerse respetar cuando las leyes humanas le persiguen, debe adoptar un pabellón y procurar que se haga temible. Y flameó en mi velero «Aquilón» un aguilucho. Opté por ser pirata a mi modo. Si a piratas maté fue en lucha franca, y todo el que bajo mi espada cayó, fue porque mi vida buscaba...

Sonrió el Pirata Negro, con cierta melancolía, porque recordaba a la que en París habla oído aquellas mismas palabras... La que sin él saberlo, era su madre...

—Aborrezco los sentimentalismos cuando de mí hablo, señores. Me califican de charlatán, jactancioso, soberbio y «metomentodo». Acepto como muy veraces estas calificaciones. Hablo cuando es preciso y con cuanta extensión el caso requiera. Cuanto os estoy diciendo sólo en aquella ocasión lo dije. Soy jactancioso soberbio porque si en algo me empeño cumplo mientras en pie esté. Y es tal mi orgullo que si por épocas me sentí Don Quijote y a palos me tundieron, supe ser Sancho y sin rencor, pero a muerte, devolví con creces los palos. Y me califican de «metomentodo» porque me entrometo cuando tropiezo en mi senda con seres débiles que piden apoyo de brazo

fuerte; gozo al verlos agradablemente sorprendidos por mi actitud, y sé reír porque nunca agradecimiento espero, y así nunca desilusiones me llevo. Cuanto hago lo hago porque tal es mi buena voluntad, y si me descalabran, la cabeza, confío en qué La Altísima Justicia Final tendrá tolerancia conmigo. Quien me teme me apoda el Pirata Negro; quién me aprecia y tolera, sabe que fui bautizado Carlos, y me añadí Lezama por apellido. Cuando las autoridades me buscaron para encerrar mi cuello en cuerda de cáñamo, estimé muy justo su deseo, y tan justísimo el mío de no prestar mi cuello a ese juego. Cuando las autoridades invitaron al conde Ferblanc para comunicarlo que por Real Gracia, el Pirata Negro estaba indultado, aun tuvo un último aletazo de aguilucho. Pero hallé a un hombre único. Un hombre con el cual estoy cierto de que no siempre habrá conversaciones plácidas. Un hombre que seguramente me gritará, y yo respingaré. Un hombre que no está presente como Almirante, pero que como buen entendedor me está escuchando. Le respeto por su valía, y por el honor que me ha deparado al poderle servir en su proyecto. Es la única autoridad que reconozco. He dicho y no hablo más de mí, señores capitanes. Apreciaré por igual al que voluntariamente quiera acatar mi mando, como al que voluntariamente se estime rebajado a servir bajo el mando de un pirata, que por más que ahora se llame conde Ferblanc, está y estará siempre orgullosísimo de haber sido y ser el Pirata Negro. Os saludo.

Había ya salido el Pirata Negro del despacho, cuando rompiendo el silencio, habló Juan Diéguez en pie:

—Poco puedo añadir, señores. Sabéis ya quién es el conde Ferblanc. Lo que puedo decir y él no ha dicho, no por modestia sino por endiablado orgullo, es que nunca disparó contra fuerzas españolas, ni cometió fechorías en ninguna parte. No acató leyes, y se enorgulleció de poder imponer la suya. En Panamá repuso la autoridad del Virrey. Este fue el primer hecho que le dio fama allende los mares, en la misma corte de Madrid. Aplastó corsarios franceses. Destituyó a un gobernador de Jamaica... En fin, llevó a cabo muchos hechos laudables. Es el único que estimo capacitado para lograr el difícil empeño de llevar la flota mixta a seguros triunfos o a muerte honrosa. Os dejo solos, señores. Dilucidaréis lo que mejor os convenga, y repito las palabras del conde Ferblanc: es un servicio voluntario.

En la antesala, Juan Diéguez se aproximó a la ventana donde el Pirata Negro contemplaba los jardines.

—¿Muy pesadas las cadenas, águila? — le preguntó el burgalés en cuyo rostro la sonrisa sólo retozaba en los ojos.

—Falta de costumbre, excelencia.

—¡Diantres! Me habéis llamado «excelencia» y estamos a solas.

—Mis hombres me llaman «señor» aun cuando estemos a solas, excelencia.

—¿Dónde veis la semblanza?

—Ellos dicen que no hay mejor marino que yo, y yo... declaro que no hay nadie que como vos domine la aguja de marear. Es lamentable, excelencia, pero me habéis

doblado como un pañuelo, y en vuestro bolsillo estoy.

—Y no lo lamentáis, porque bien sabéis, maldito orgulloso, que ni sois lienzo doblado ni cabéis en mi faltriquera. Ardua misión, señor. No ya la de dominar a vuestros capitanes y vuestros presidiarios, sino la de, que mutuamente tengamos los menos roces posibles. Habrá cosas que haréis y quizá me disgusten... y más vale anticiparse.

—¿Me anticipo, excelencia? Al igual que me considero con derecho a ahorcar con mis propias manos y ante mi propio tribunal al que no cumpla según mi criterio, acato vuestro derecho a descerrajarme pistoletazo a guisa de saludo, si mal cumplo según vuestro propio criterio. Y si es justa vuestra decisión, me quedarán fuerzas para poder decir: «Adiós... y gracias, amigo». Perdonad la confianza, excelencia.

—Ya, ya... He leído en el extenso informe que sobre vos poseo que os es favorita la expresión: «Si la cortesía no me lo vedara, os diría...» Y a renglón seguido largáis andanadas de grueso calibre. ¿Habéis seleccionado buen material en Riohacha?

—Excelentes bestias. Magníficos peleadores porque ansiarán matar para poder vivir.

—¿Cómo los controlaréis en los instantes de reposo?

—Cada grupo de cincuenta tendrá un contramaestre y un latiguero, que serán dos piratas míos. Traigo aquí lista de los elegidos, para que vos, excelencia, ordenéis sean recluidos en el edificio de los Tercios bajo vigilancia severa, hasta mi llegada. Ya-que tal como quedamos, debo partir para volver con mi velero y los doce piratas que seleccionaré para controlar de cerca sin estar presente...

—También yo de cerca sin estar presente, controlaré. ¡Ah! Cesó ya la consulta privada, y vienen dos emisarios.

Lope Holgado y Andrés Silvestre, tras saludar al Almirante, cuadraron se ante el Pirata Negro.

—Tres capitanes tenéis ya, conde Ferblanc — dijo Lope Holgado—. Quien me acompaña, el capitán Mejías, y yo. Los demás piden venia al señor Almirante para decidirse cuando quede formada la tripulación.

—Están en su derecho — aprobó el Almirante—. Mientras el conde Ferblanc acude a sus quehaceres, considérense los señores capitanes mis huéspedes en Puerto Colombia.

Fueronse los dos capitanes, tras cambiar un apretón de manos con Carlos Lezama, y al quedarse solo con el Almirante, éste sonrió por primera vez.

—Mejor de lo que yo creí. Podéis iros cuando gustéis, conde Ferblanc. ¿Qué tiempo necesitaréis para sacar vuestro velero de su escondrijo y regresar?

—Siete días, excelencia. Y ardo ya en deseos de que la proa de mi «Aquilón» abra camino por el Caribe. Este ha sido un episodio sin sangre ni acción.

—Era labor más bien diplomática la de vuestra voluntaria aceptación de las cadenas de conde, Ferblanc, sin aherrojar ni Pirata Negro. Perdonad ahora una pregunta de índole privada: ¿Vuestra esposa e hijo residirán en Puerto Colombia? Lo inquiero porque en el Paseo de las Armas, hay una espaciosa quinta, que he ordenado habilitar

cómodamente para digno hogar de la familia del señor conde Ferblanc...

—¡Señor! —y fue emocionado y sincero el gesto del Pirata Negro al cuadrarse rígido.— De todo corazón os aseguro el agradecimiento.

—¿Y qué, pues, señor pirata? Si vos podéis servir de almirante, ¿creéis que yo no sirvo para tener delicadezas de pirata caballero? Besad en mi nombre las manos de vuestra señora esposa, y, decidle que muy orgulloso estoy de haberos conocidos

—Nunca tuve mejor orgullo, señor almirante, que el de poder suplicaros que me honréis aceptando mi diestra.

—¡Quitad allá! ¿Soy acaso yo menos que un capitán de ceja partida?

Y Juan Diéguez, Almirante de la Escuadra española, abrazó virilmente al Pirata Negro.

Cuando el Pirata Negro hubo abandonado la antesala, el Almirante «Lúgubre» murmuró:

—¿Le llevo a él en mi bolsillo o me lleva él en el suyo?

EPILOGO

«Cien Chirlos» logró dominar sus impacientes saltos, cuando la lancha velera que conducía al Pirata Negro, tocó tierra.

—No ha habido la menor novedad, señor — saludó radiante—. Tu esposa y tu hijo saludables, y ninguno de tus valientes ha cometido nada reprobable.

—Que me place, don Marcelo. Todo nos sonríe. Trinan los pájaros, rebuznas satisfecho, y yo ladro risueño. Glorioso día el de hoy, don Marcelo. Ven conmigo. Cierra los ojos ante las efusiones con que comparta los abrazos de mi hijo y de mi esposa, y abre mucho las orejas cuando hable de cosas que no sean los «cariñitos».

Mireille de Ferjus, llevando de la mano al peripuesto Humberto, aguardaba en el umbral de la morada.

Por unos instantes reinó el silencio, mientras Lezama abrazaba a su esposa y a su hijo.

Con él en brazos y rodeando los hombros de su esposa, sonrió al decir:

—Muchos abrazos he prodigado últimamente, Mireya, y depositó en el suelo a Humberto que lo miraba atentamente — ¿no os gustará tener maestros y compañeros?

—Sí, padre — replicó el muchacho sumiso.

—Tendrás de unos y de otros, porque ya no eres cachorro perseguido, sino lebrel de lujo. Ya te explicaré más tarde. Ahora vete a la playa, y aguarda el momento en que tu padrino y yo vayamos a nadar contigo.

Alejóse el muchacho con su mesurado andar reflexivo. Mireya husmeó sonriente.

—Buen olor a café, Carlos. La bienvenida al hogar.

—¿Por qué será que, cada vez que me ausento, hallo en ti nuevas bellezas al regresar? Vete por el café, don Marcelo. Estás con los ojos abiertos.

Corrió el lugarteniente al interior, y Lezama besó a su esposa, con beso apasionado, largo y conmovido.

—Tú has sido mi mascota, Mireya. Por ti he logrado ser el águila encadenada, que volará mucho más alto que lo hice cuando me entorpecía la cadena de mi rebeldía. Entremos...

Alrededor de la mesa, y tras beber la humeante infusión, los tres rieron porque mutuamente sentíanse alegres...

—¿Por qué ríes tú, borrico? — preguntó Lezama, cesando de reír.

—Río... ¡porque tú lo haces, señor! Y porque hay en tu risa, aliento de felicidad. Y porque tu esposa ríe muy a gusto... Me dijo que hace tres noches tuvo un sueño que... Bueno, no digo más, señor.

—¿Qué sueño fue, Mireya? Este patán sabe de tus sueños y yo no.

—Veía, Carlos, que todos los que te persiguen, reconocían por fin tu valía... Y era pueril, pero te aclamaban y te arrojaban flores...

—Tate... ¿Flores a mí? Será a ti. Escuchadme, que os voy a contar sueño que es realidad.

Por espacio de una hora fue Lezama contando cuanto le había sucedido desde que entró en la Sala de Juicios de Puerto Colombia. De su estancia en Riohacha contó poco. Y cuando hubo terminado, relatando su despedida del Almirante Diéguez, inclinóse y besó las manos de Mireya.

—Cumplo la orden de mi Almirante. ¿Qué dices tú a lodo eso, don Marcelo?

—¡Serás... serás, señor, el amo del Caribe! Y brava cosa resultará el que yo sea tu lugarteniente, señor.

—Tate... ¿Y a ti, quién te nombró para tal cargo?

—No hay otro, señor, no hay otro más que yo. ¿Verdad, señora? —inquirió ansioso el aragonés.

—¿Yo, acogiéndome al favor de un Almirante y tú pidiendo protección a las faldas de mi espesa para medrar? Nos estamos volviendo cortesanos, don Marcelo.

Mireille de Ferjus, ocultó el rostro en el hombro del Pirata Negro.

—Nunca nada dije, Carlos —musitó, apagada mi voz por su postura—. Pero siempre miedo tuve de tu afán de pelea. Sé que no puedo impedir que tu vida transcurra siempre en lucha... pero tengo miedo, Carlos. Antes la ley y los perversos te perseguían. Ahora la ley no te perseguirá, pero presiento envidias, asechanzas, traiciones...

—Bah, bah —desdeñó el Pirata Negro, guiñando en dirección a «Cien Chirlos»—. Mujer al fin... y ¡demonios!, que me place verte temerosa. Significa que me quieres, pero también me ofende. Nos ofendes; ¿no es cierto, don Marcelo?

—Natural que sí —aprobó calurosamente el lugarteniente.

—¿Por qué? —preguntó el Pirata Negro.

—¡Por cien mil...! Perdón, señor... Pero si como Pirata Negro nadie te metió mano... ¿quién mil rayos se atreverá con el conde Ferblanc?

Fue tal la espontánea convicción de «Cien Chirlos», que Mireille de Ferjus, sonriendo entre lágrimas, aplicó su mejilla contra el rostro del Pirata Negro y murmuró:

—Tenéis razón ambos. Nadie podrá vencer al conde Ferblanc.